

Servicio de Biblioteca. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

FRANCO, Estados Unidos y Gran Bretaña durante la primera Guerra Fría: diplomacia, lobbies, intereses estratégicos y anticomunismo / Joan Maria Thomàs, Pablo León Aguinaga, Emilio Sáenz-Francés San Baldomero, José Antonio Montero Jiménez, Wayne H. Bowen. -- Madrid : Universidad Pontificia Comillas, 2022.

344 p. -- (Biblioteca Comillas. Relaciones Internacionales ; 3)

D.L. M 2902-2022. -- ISBN 978-84-8468-918-8

I. Relaciones internacionales. 2. Franquismo. 3. Grupos de presión. 4. España. 5. Estados Unidos. 6. Gran Bretaña. 7. 1945-1960. I. Thomàs, Joan Maria, autor

Esta editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional



© 2022 De todos los autores  
© 2022 Universidad Pontificia Comillas  
Universidad Comillas, 3  
28049 Madrid

Diseño de cubierta: Belén Recio Godoy  
Ilustración: Franco's Closet (1945), de John Francis Knott  
DeGolyer Library, Southern Methodist University

ISBN: 978-84-8468-918-8  
Depósito Legal: M-2902-2022

Maquetación e impresión: Imprenta Kadmos, s.c.l.

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de la información, sin permiso escrito de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

## CAPÍTULO 5

# ¿DERRIBAR A FRANCO? GRAN BRETAÑA, ESPAÑA Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL 1945-1951

Emilio SÁENZ-FRANCÉS  
*Universidad Pontificia Comillas*

*The ascent to greatness, however steep and dangerous, may entertain an active spirit with the consciousness and exercise of its own power: but the possession of a throne could never yet afford a lasting satisfaction to an ambitious mind.*

Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*

El 24 de octubre de 2019 los restos del general Franco eran exhumados del Valle de los Caídos, el imponente mausoleo construido al norte de Madrid por el régimen; quizás el principal monumento erigido por el franquismo en toda su historia. Una especie de Escorial del régimen. Tras la decisión del gobierno de buscar un nuevo lugar de enterramiento para el Generalísimo, el Valle aún alberga los restos de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, y los de nada menos que más de treinta mil combatientes de la Guerra Civil. No en vano, la propaganda franquista presentó en su momento el Valle de los Caídos como un monumento a todos los combatientes que perdieron la vida en el conflicto.

La decisión del gobierno socialista, que llevaba sólo unos meses en el poder, generó una airada polémica y un debate encendido en España<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Según una encuesta de SIGMA DOS, para el diario El Mundo, 43,1% de los encuestados se encontraban a favor de la medida, frente a un 32,5% que estaba en contra. Cerca de un 20%

Atrajo la atención de la prensa internacional y fue seguido, con interés inusitado, en su retransmisión en directo, por más de siete millones de españoles<sup>2</sup>. La batalla judicial que se había librado para hacer valer los deseos del gobierno de Pedro Sánchez —ante la resistencia de la familia Franco y de la comunidad benedictina del Valle— tuvo el efecto *esperable* de despertar un renovado interés en el propio monumento. En los meses previos a la salida definitiva de los restos de Franco, las visitas al Valle —gestionado por Patrimonio Nacional como otros muchos monumentos españoles— se multiplicaron exponencialmente. El Valle de los Caídos pasó de ser un imponente y solitario ejemplo de arquitectura *nacionalcatólica* en el bucólico corazón de la sierra de Madrid, a un lugar de encuentro de numerosos curiosos y algún nostálgico, bandera franquista en mano. El personal de taquilla que controla el acceso al monumento estaba desbordado. El franquismo y sus polémicas volvían a estar de moda. De manera desatada.

Los argumentos de ese debate al que hemos aludido eran en general conocidos. Y se convierten en el centro de la polémica social y política española con una cadencia que es fija. Más allá de los últimos nostálgicos del franquismo de línea dura, una parte no pequeña de la sociedad española consideraba que la decisión del gobierno, además de oportunista, generaba el daño colateral de revivir el fantasma de la dictadura, y hacerla presente, cuando —tras más de cuarenta años de peripecia democrática— el periodo 1939-1975 debía ser visto definitivamente como historia de España, y no como parte de su presente<sup>3</sup>. Por otro lado, los defensores de la decisión del gobierno aportaban el argumento de la insoportable excepcionalidad y anormalidad de un dictador cruel, equiparable a Hitler o a Mussolini,

---

se mostraba indiferente a la decisión. *Menos de la mitad de población aplaude la exhumación de Franco y un tercio se muestra en contra*. (2019, 29 octubre. El Mundo. <https://www.elmundo.es/espana/2019/10/07/5d9a385421efa084498b45e4.html>).

<sup>2</sup> *La audiencia media en TV superó los 7 millones de espectadores en la jornada de la exhumación de Franco, casi un 5% más*. (2019, 25 octubre). Europa Press. <https://www.europapress.es/sociedad/noticia-audiencia-media-tv-supero-millones-espectadores-jornada-exhumacion-franco-casi-mas-20191025133232.html>

<sup>3</sup> El Centro de Investigaciones Sociológicas (organismo demoscópico público español) no pregunta por la valoración de los españoles de la dictadura desde 2008, al poco tiempo de que el gobierno Zapatero aprobase la Ley de Memoria Histórica. En aquel momento, cerca de un 50% de los encuestados manifestaron que el el recuerdo de la Guerra Civil continuaba muy vivo en la memoria de los españoles. Cerca de un 80% asumía que durante el franquismo se violaron derechos humanos básicos, si bien cerca de un 60% se reconocía en la afirmación «El Franquismo tuvo cosas buenas y malas». Centro de Investigaciones Sociológicas. (2008, 16 abril). 2760. MEMORIAS DE LA GUERRA CIVIL Y EL FRANQUISMO. CIS. <http:// analisis.cis.es/cisdb.jsp?ESTUDIO=2760>

honrado en un mausoleo fascista, como último vestigio de su perverso legado<sup>4</sup>. La aparición de los dos siniestros nombres, los de los dos principales líderes de la agresión fascista, fue el argumento que más excitó la imaginación y conjuró más pasiones en todo este complejo tira y afloja dialéctico, que —además— no se extinguió con la salida de Franco del Valle de los Caídos. Pocos meses más tarde, en septiembre de 2020 el gobierno aprobaba el anteproyecto de la Ley de Memoria Democrática, una norma para muchos polémica, que plantea duras sanciones a los que promuevan actos de exaltación de la dictadura, además de exigir el cierre de instituciones como la Fundación Francisco Franco, custodia del archivo personal del general, y naturalmente identificada de manera férrea con su legado<sup>5</sup>.

Es en ese contexto de creciente polarización en el que se escribe este capítulo, y al hacerlo, no podemos sustraernos a él. Es el momento de retomar reflexiones que no son nuevas, pero sí —con el paso del tiempo— más sosegadas y esperamos más firmes, al estar apuntaladas por el acceso a información documental nueva, y al trabajo valioso de muchos colegas de profesión. El volumen al que pertenece este libro es prueba de ello. El debate continúa y continuará. Mientras, la labor serena de los historiadores debe ser el de seguir intentando arrojar luz y nuevas interpretaciones sobre un periodo convulso. Es sobre el conocimiento con voluntad científica como podremos edificar una atalaya desde la que mirar al futuro con confianza.

El periodo 1945-1951 es el único en el que el régimen de Franco vio amenazada su existencia y continuidad. Esa continuidad sobre la que en definitiva se erigen las polémicas y debates a las que acabamos de hacer referencia. Así las cosas, el objetivo de este capítulo —que continúa y desarrolla las reflexiones de *De águilas y leones. Diplomacia británica en España 1939-1953. Tiempo de guerra y era de cambios*<sup>6</sup> es analizar en el tiempo largo la evolución de las relaciones entre el Reino Unido y la España de Franco. Nos centramos en cualquier caso (prioritariamente) en el periodo 1945-1951, y al hacerlo prestamos atención a un aspecto colateral a las relaciones bilaterales, pero de una importancia mucho mayor. Se trata del proceso a través del cual la diplomacia del Reino Unido finalmente entregó el testigo del liderazgo en la política internacional a los Estados Unidos,

---

<sup>4</sup> Desde la perspectiva de la prensa internacional, véase por ejemplo el artículo del New York Times: Minder, R. (2018, 7 julio). *Plan to Exhume Franco Renew Spain's Wrestle With History*. New York Times. <https://www.nytimes.com/2018/07/07/world/europe/spain-franco.html?smid=tw-nytimesworld&smtyp=cur>

<sup>5</sup> El texto del anteproyecto en: <https://www.mpr.gob.es/servicios/participacion/Documentos/APL%20Memoria%20Democrática.pdf>

<sup>6</sup> Véase: J. M. Thomas, *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2016.

también en lo que tenía que ver con España. Es un cambio de guardia certificado ya quizás en 1945 a escala global, pero que ofrece unas pulsiones particulares. España no dejaba de ser un elemento de interés específico y duradero de la política exterior británica. Además de uno muy cercano. Todavía en 1945 el Reino Unido, bajo el gobierno laborista de Clement Attlee y el liderazgo en política exterior de Ernst Bevin, pudo considerar que obraba en su disposición una autonomía estratégica en el terreno diplomático. El tiempo probaría, con rapidez, que estaban equivocados.

\*\*\*

En 1949 un informe británico, que analizaba el escenario de una posible guerra nuclear entre Estados Unidos y Gran Bretaña contra la Unión Soviética, establecía como factor necesario para la victoria el contar con España como una base segura de operaciones, desde la que lanzar el contraataque frente a las fuerzas comunistas, que serían capaces de ocupar gran parte del continente europeo tras desencadenarse el conflicto. Dos años más tarde, en 1951, el Estado Mayor británico valoraba ya abiertamente la inclusión de España en la OTAN. La consecuencia diplomática era clara. Gustase o no el régimen presidido por Francisco Franco en España, las necesidades estratégicas de la Guerra Fría hacían necesario tolerar y contemporizar con el Caudillo. Se cerraba así —en cierto sentido— un ciclo complejo de las relaciones hispano-británicas. Un periodo definido por la Segunda Guerra Mundial y la inmediata postguerra. Prácticamente catorce años en los que el Imperio Británico estuvo cerca del colapso, del que se salvó para ceder el testigo de la supremacía mundial a los Estados Unidos y la URSS, y uno en el que España fue una pieza relevante, aunque fundamentalmente pasiva, en el tablero mundial. Un periodo en el que el Franquismo pudo pasar a ser un paréntesis menor en la historia de España del siglo XX. Gran Bretaña fue en gran parte la responsable de que eso no fuese así.

## 1. A MODO DE ENSAYO. ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA 1939-1945.

### EL LEGADO DE LA GUERRA

La Segunda Guerra Mundial comenzó por la agresión nacionalsocialista a la independencia de Polonia, y concluyó con ese principio aplastado por la dominación soviética del Este de Europa<sup>7</sup>. Durante cinco años, se libró el que es sin duda el conflicto bélico más formidable de la historia de la

<sup>7</sup> Véanse las reflexiones iniciales de Basil Liddell Hart en su historia de la Segunda Guerra Mundial., B. Liddell Hart, *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Qaralt, 2006.

humanidad, que expulsó a los márgenes de la historia a la tiranía nazi, y alumbró un nuevo mundo bipolar en el que el eje de las grandes decisiones cesó de estar centrado en Europa. Aquel fue sin duda un conflicto en gran parte definido por el liderazgo e inspiración política de Winston Churchill, aupado de nuevo a las esperas de poder político con el estallido de la guerra, y elevado a la categoría de primer ministro con el fiasco de la intervención inglesa en Noruega y el inicio del imparable ataque alemán sobre Francia en mayo de 1940<sup>8</sup>. Churchill fue también en gran medida el responsable de definir las líneas maestras de la crucial relación de su país con España durante aquellos años.

Antes de la llegada de Churchill a Downing Street y —con mucha más virulencia— después de la caída de Francia, el asegurar la neutralidad española en el conflicto mundial se convirtió en un elemento esencial para la acción internacional británica. Aparentemente, la preocupación estaba más que justificada. España, fascinada sin duda más por el fascismo italiano que por el nazismo alemán, mimetizaba paso a paso los pasos dados por Mussolini, que le condujo a entrar en la guerra en junio. El 12 de junio de 1940 España modificó su previa declaración de Neutralidad por una de No-Beligerancia, interpretada —en aquel momento— en todas las cancillerías como una posible pre-beligerancia.

Una entrada de España en la guerra hubiese sido en efecto fatal para el Reino Unido. Con Franco unido al esfuerzo militar del Eje cualquier acción naval en el mediterráneo hubiese quedado muy seriamente coaccionada, y la plaza de Gibraltar, dramáticamente comprometida. La guerra en África y en Grecia, los únicos escenarios en los que, hasta 1943, Gran Bretaña pudo (si bien muchas veces con escaso éxito) presentar batalla, no hubiese tenido lugar. En orden a conjurar ese peligro, el gobierno británico puso en marcha una ambiciosa estrategia diplomática, basada en gran parte en una acertada percepción de la naturaleza profunda del nuevo régimen político español. En primer lugar, se envió a Madrid a un embajador de peso, uno de los políticos más prestigiosos del panorama británico... y que había destacado por su rivalidad con el propio Churchill. Se trataba de Samuel «el Resbalón» Hoare, uno de los puntales de la política de apaciguamiento de la década de los treinta y que, ante la imposibilidad de poder asumir un papel relevante en la política nacional diseñada por Churchill, si pudo desempeñar una misión clara y bien definida: evitar que España entrase en la Guerra. Era sin duda un objetivo de primer nivel, y sin duda también uno

---

<sup>8</sup> Véase J. Lukaks, *Cinco días en Londres, mayo de 1940: Churchill solo frente a Hitler*, Madrid, Turner, 2001.

de la máxima prioridad durante los meses en los que Inglaterra se enfrentó sola al empuje del Eje<sup>9</sup>.

A través de Hoare se desarrollará en España la vieja política del palo y la zanahoria, el uso de sugestivas promesas a futuro, con respecto al engrandecimiento del protectorado español en Francia al final de la guerra, y —sobre todo— la instrumentalización de los suministros llegados por mar, de los que España era totalmente dependiente, y que estaban plenamente bajo el control de la poderosa flota de guerra británica. Es necesario destacar que España, en aquellos momentos, mantenía con Estados Unidos unas relaciones que en el mejor de los casos merecían el calificativo de frías y distantes. En el arduo proceso en el que Churchill fue atrayendo al presidente Roosevelt al terreno de las necesidades políticas que la guerra creaba para su país, un elemento nada desdeñable fue la labor británica al despejar el camino para la firma de un convenio comercial entre España y los Estados Unidos. A través de ese proceso, las relaciones de España con Norteamérica mejoraron sensiblemente, y la embajada estadounidense comenzó a actuar de forma coordinada (y subordinada) con la británica, en un proceso a través del cual —por razones políticas— el régimen de Franco pudo obtener los suministros petrolíferos de los que el país era dramáticamente deficitario, y que constituían un elemento esencial para el sostenimiento de la vida económica española. Y no sólo eso, Gran Bretaña era consciente de que, llegado el caso, los Estados Mayores de Madrid tendrían en su mano la última baza, si todo lo demás fallaba, para evitar la entrada de España en la guerra. Se inició así vasto programa de sobornos a los generales más importantes, para incentivar su ya de por sí general escaso ímpetu combativo<sup>10</sup>.

España, en efecto, pudo en aquellos momentos inclinar poderosamente la balanza de la guerra a favor del III Reich... pero finalmente no lo hizo. Y no fueron sólo los buenos oficios del esquivo Hoare, o la su capacidad del Foreign Office de comprender los ritmos peculiares que definían la política española y sus necesidades. El general Franco no era en efecto Benito Mussolini. Nunca compartió la fascinación por la Alemania nazi de este, salvo en términos puramente militares. Su mayor disposición al Eje durante la primera parte de la guerra era más hija del desdén y el rencor de gran parte de la derecha española hacia Francia y el Reino Unido, por haber sofocado

<sup>9</sup> Véase: S. Hoare: *Ambassador on Special Mission*, Londres, 1946. Sobre el embajador: M. Alpert «Las Relaciones Anglo-Hispanas en el Primer Semestre de la «Guerra Caliente» La misión diplomática de sir Samuel Hoare» *Revista de Política Internacional* 160 (1978) pp. 7-31 y J. A. Cross, *Sir Samuel Hoare. A Political Biography*, Johnatan Cape, London, 1977.

<sup>10</sup> Véase: D. Smyth, *Les Chevalliers de Saint —George; la Grande— Bretagne et la Corruption Des Généraux Espagnols (1940-1942) en «Guerres Mondiales et Conflits Contemporains», No. 162, abril, 1992, pp. 29-54.*

—pensaba— cualquier posibilidad de resurgimiento de una España grande en Europa. En los primeros compases de la guerra, la aspiración de Franco fue hacer de España la pieza clave en la firma de una temprana paz. Cuando quedó claro que el III Reich se había convertido en una potencia militar capaz de arrumbar al supuesto mejor ejército de Europa a la impotencia en apenas unas semanas, ilusionaba quizás más en Madrid el hecho de la derrota de las democracias que la victoria y dominación de Hitler de toda Europa. Y el Führer, no podemos olvidarlo, había iniciado la guerra con un pacto con el demonio soviético, para destruir a la católica Polonia. Franco, en último término, era consciente de que la guerra es un negocio oscuro y peligroso, y que —por encima de bravatas y discursos desafiantes— su España era solo imperial en un voluntarismo vacío, y de que lo único en lo que haría bien en preocuparse era en sobrevivir. Sólo en sobrevivir.

Franco en efecto sabía de donde procedía el trigo que alimentaba a los españoles. El Reich podía impresionar en tierra, pero los mares seguían siendo ingleses. Sus certificados de navegación, los famosos *Navicerts*, daban cuenta de ello. El Caudillo era, a la postre, un militar concienzudo al que los números no cuadraban<sup>11</sup>. El ejército español era quizás una fuerza de un millón de hombres, pero rendidos tras una guerra entre hermanos, inadecuadamente armado y peor alimentado, reflejo perfecto de un pueblo que ni quería ni podía soportar el esfuerzo imposible de la participación en la guerra. ¿Y Alemania? Al contrario que los italianos, imperiosa en el tono, exigía antes de pedir. No había lugar a sutilezas. Aquella relación nunca fue un camino de rosas.

Ante ese conjunto de realidades Franco estaba dispuesto a jugar sus cartas, que no eran sino las de la supervivencia. La suya y la de su régimen; ese horno furioso de generales altivos, falangistas incontrolados y conspiraciones monárquicas. El flanco de la relación de los aliados, al menos con el Reino Unido, nunca fue descuidado, aunque el Régimen cometió el error inicial de menospreciar el papel potencial de Estados Unidos en el conflicto, y en la historia europea del futuro. No será hasta 1943 cuando ese error se comenzase a revertir. A Washington Franco envió a un hábil diplomático, Juan Francisco de Cárdenas, aún pendiente de un estudio que analice en detalle su labor<sup>12</sup>. En cuanto al Reino Unido, ostentaba la representación de la España Nacional desde los tiempos de la guerra civil, el Duque de Alba. Sin duda, Alba era un diplomático extremadamente capaz, que se valió con

---

<sup>11</sup> Véase: R. W. Matson, «Neutrality and Navicerts: Britain, the United States, and Economic Warfare, 1939-1940» en *The Journal of American History*, Vol. 82, No. 2 (Sep., 1995), pp. 813-814.

<sup>12</sup> Véase: M. A. Lopez Zapico, «Against all odds. El diplomático Juan Francisco de Cárdenas durante la Guerra Civil Española y el primer franquismo», en *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2012, pp. 303-331.



singular destreza de sus inmejorables relaciones personales, para desplegar las más cálidas posibles en lo diplomático —teniendo en cuenta la evidente superior sensibilidad española para con el Eje— y promover desde su posición privilegiada una política británica templada con respecto a España, que favoreciese su neutralidad. Si bien Alba había enviado informes muy desfavorables sobre Churchill en los meses previos a su nombramiento como primer ministro, desde entonces su relación evolucionó en los términos de la más absoluta cordialidad. Ambos, en definitiva, compartían el mismo interés, mantener España a toda costa fuera de la guerra<sup>13</sup>.

Para Franco, en ese momento, estaba claro que Alemania no podía perder la guerra, pero también que —cancelada la proyectada invasión de las Islas Británicas—, no había ninguna forma clara en la que la pudiese ganar. El Caudillo no necesitaba más para mantenerse al margen, y el fuego de su indecisión fue alimentado por el crisol de representantes de la Alemania nazi en España, atomizados en camarillas y facciones que conspiraban entre sí, y —en ocasiones— contra el propio régimen. Los nacionalsocialistas más radicales de la legación en Madrid, en efecto, habían prometido un cambio, que diese el poder en España a la auténtica España, a la España Azul, dispuesta y ansiosa a entrar en la guerra. Franco era consciente de esos movimientos, que amenazaban su posición, y actuó contra ellos con firmeza. Más allá de la comprensible fascinación militar que inspiraba la Wehrmacht, poco se podía esperar de Alemania<sup>14</sup>.

El inicio de la invasión de Rusia por Alemania en junio de 1940 abriría una etapa totalmente nueva en la historia de la Segunda Guerra Mundial. España enviará a Rusia a su División Azul. Gran Bretaña se contentará con que Franco no vaya más allá. Por Ahora. El eje de la guerra se trasladaba, en efecto, al norte, y España y el Mediterráneo perdían momentáneamente interés, pero aquello no era sino un espejismo momentáneo. A finales de ese año Estados Unidos, tras el ataque japonés a Pearl Harbour, entraba definitivamente en la contienda. Churchill consiguió —con una gran dosis de habilidad— y no sin esfuerzo, que los americanos aceptasen una idea y un proyecto de inspiración británica. La idea era la doctrina de «Europa Primero»: Era necesario aniquilar el nazismo, antes de concentrarse en Japón. El proyecto: una vasta operación militar en el norte de África que, si en un principio recibió el nombre de Gymnast, pronto pasaría a recibir otro mucho más apropiado: Torch. Churchill, en efecto, convenció al presidente de que las fuerzas angloestadounidenses aún no estaban preparadas para presentar batalla a Hitler en Francia. Era necesario un camino más largo,

<sup>13</sup> Véase: Cfr. E. Sáenz-Francés, *Entre la Antorcha y la Esvástica. Franco en la Encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*, Actas, Madrid, 2009.

<sup>14</sup> Ibid. pp. 101-172.

que lo expulsase de África, y noquease al cada vez más débil aliado del Führer: Italia.

En efecto, los desembarcos aliados en el norte de África, en noviembre de 1942, constituyen uno de los momentos cruciales de la relación de los aliados con España durante la II Guerra Mundial. La operación, que preveía establecer la entrada de los americanos en el escenario europeo era un hito clave, y nada podía fallar. Por un lado, estaba el objetivo de conseguir una actitud pasiva de las fuerzas francesas en Marruecos y Argelia. Esa misión quedó encomendada a los diplomáticos norteamericanos. La más compleja fue la asumida por Gran Bretaña: garantizar una actitud benévola por parte de España. Y es que los desembarcos incluían operaciones en la fachada atlántica de Marruecos, pero también otros más allá del estrecho de Gibraltar, en Orán y Argel. Como dijo sir Samuel Hoare, aquello suponía navegar a través de dos afilados cuchillos españoles; unos cuchillos españoles especialmente traicioneros<sup>15</sup>.

Esa fue quizás la hora mejor de Gran Bretaña con respecto a España durante la guerra, y también fue sin duda la hora crucial del general Franco. Una actitud hostil por parte de España ante los desembarcos, los hubiera desbaratado, y llevado la guerra a la península; una vez que comenzó la operación no faltaron presiones de los dirigentes del Eje para que el Caudillo cediese aeródromos en el sur de España, para que la Luftwaffe pudiese operar en la zona; y lo que es peor, en Berlín se desempolvaban viejos mapas de 1940, ante la posibilidad de realizar una operación preventiva en la península, que blindase el flanco sur del imperio de Hitler. En cuanto a Churchill, una vez más, sus cálculos políticos habían resultado perfectos. Una hábil estrategia diplomática colaboró a que se cumpliera su pronóstico: en España nada se movió esos días. Al contrario, los desembarcos, de la mano del nuevo Ministro de Asuntos Exteriores —y un viejo conocido del Foreign Office— el Conde de Jordana, inauguraron una nueva etapa de mayor cordialidad entre el Reino Unido y España... mientras que la relación con el Eje, dividido entre una Italia desesperada y una Alemania que navegaba sin remedio hasta el desastre de Stalingrado, vivió durante los meses siguientes algunos de sus momentos más tensos y críticos de toda la guerra.

Y es que 1943, fue el año de inflexión para la Segunda Guerra Mundial, tanto en su vertiente global, como la puramente española. Hasta verano, Franco y su régimen vivieron en la ficción de que el agradecimiento de los Aliados, al haber favorecido España con su pasividad la operación Torch, blindaba a España de cualquier queja o reclamación por su parte. Churchill estaba dispuesto a jugar a ese juego, y contuvo el dogmatismo

---

<sup>15</sup> Ibid. P. 336.

estadounidense, que ya clamaba por una política de mano dura para España, al menos hasta que las operaciones en el norte de África terminasen<sup>16</sup>. En julio, la Operación Husky, la invasión de Sicilia, que tuvo como primera consecuencia la caída de Mussolini, inauguró un tiempo nuevo en las relaciones de los Aliados con España. Con África pacificada, e Italia dirigiéndose irremisiblemente al desastre, para muchos —no sólo en Washington sino también en Londres— había llegado por fin la hora de tratar al general Franco y su régimen *como merecían*.

En efecto, a partir de agosto de 1943, la actitud aliada para con España se endureció notablemente. Pese a la mejoría de los últimos meses, cuestiones trascendentales seguían interponiéndose entre ambas partes. Cuestiones como la ocupación española de Tánger, con lo que se violaba el estatus internacional de la ciudad, al comienzo de la guerra, y la presencia tolerada de una importante red de espías alemanes en esa plaza, y en toda España. Por otro lado, miles de soldados españoles continuaban luchando junto a las fuerzas alemanas en el frente ruso, una anomalía que —para los aliados— amenazaba la declarada voluntad española de observar una neutralidad estricta. Y lo que era más importante, España era uno de los principales suministradores al Reich de wolframio, mineral esencial para la producción de los blindajes de los vehículos alemanes<sup>17</sup>. A lo largo de la guerra, el comercio de este mineral, de forma legal o ilegal, por parte de España y Portugal —los principales productores europeos— había alcanzado dimensiones descomunales. Los Aliados intentaron monopolizar ese mercado, lo que colaboró a acelerar la escalada de precios. Finalmente, se hizo muy costoso para el Reino Unido y sus aliados sustentar ese sistema de compras preventivas. La única opción era forzar a España a que interrumpiese el comercio —de ese y de otros materiales— con Alemania<sup>18</sup>.

Mientras Churchill, Roosevelt y el primer ministro canadiense participaban en la conferencia de Quebec de agosto de 1943, Sir Samuel Hoare, por iniciativa propia, planteó en una audiencia a Franco esas cuestiones, y se apresuró después a filtrar a la prensa que el embajador británico había presentado nada menos que un ultimátum a Franco. Hoare había comenzado su carrera particular para rehabilitar su figura pública, como paso previo a su ansiado retorno a la primera línea de la política británica, y estaba dispuesto a utilizar España como trampolín. El paso de Hoare no fue del agrado del Foreign Office, pero tocaba la tecla adecuada en los que se refería a la sensibilidad estadounidense, firmemente partidaria de endurecer

<sup>16</sup> Ibid. P. 609-769.

<sup>17</sup> Véase: J.M. Thomàs, *La Batalla del Wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1977)*, Catedra, Madrid, 2010.

<sup>18</sup> Véase, *Entre la Antorcha...* op. cit., p. 820 y ss.

la política de los Aliados para con Franco<sup>19</sup>. Churchill no simpatizaba con Franco y su régimen, pero era un hombre realista que sabía que no obtendría ninguna ganancia política potencial desestabilizando España. La caída de Franco bien podía volver a sumir a España en el caos, complicando la política de la guerra —o incluso la de la postguerra— en un escenario en el que, como en 1936, lo único importante para Gran Bretaña era mantener sus intereses estratégicos.

Pero la jerarquía diplomática había cambiado. Hasta 1943 eran los británicos los que llevaban la voz cantante en España. A los embajadores americanos no les quedaba otra que secundar las disposiciones imperativas de Sir Samuel. A finales de 1943 el eclipse británico era claramente visible. Estados Unidos se estaba probando como la potencia del futuro, que por su capacidad económica y militar ya descollaba como la cabeza indiscutible entre los Aliados occidentales. Y Estados Unidos estaba dispuesto a imponer sus normas. Churchill, Hoare, Anthony Eden... cuya formación había bebido de las fuentes de la grandeza del Imperio Británico, y que había hecho de su defensa la razón de su carrera política, tuvieron que asumir el cáliz amargo de que, aunque Inglaterra ganase la guerra, su victoria se materializaría en su declinar como primera potencia mundial. El testigo pasaría irremediablemente a los Estados Unidos... Y el futuro de Gran Bretaña pasaba, por lo tanto, por una alianza firme y duradera en todos los órdenes con el gigante americano, el único que podría plantar cara al peligro global que ya se cernía sobre el horizonte de la postguerra: la Rusia soviética.

Así, fue el bisoño Departamento de Estado, renuenteemente seguido por el embajador estadounidense en Madrid, Carlton Hayes, el que comenzó a marcar las líneas de la política española. Con Franco, Hoare quizás había sido un lobo, pero su piel era una impostura que ocultaba al apaciguador de siempre. Cuando los americanos comenzaron a marcar una línea de acción tremendamente dura y exigente para con España, no pudo sino sentirse horrorizado. A la política británica en este momento le correspondió el difícil papel de templar a la estadounidense en España. Funcionó de nuevo un triángulo político que en los años anteriores ya había dado sus frutos, Hoare —pronto convencido de que el final de su carrera estaba en España—, el Vizconde de Halifax, otro gran apaciguador, enviado por Churchill a Washington poco después de que Sir Samuel lo fuese a España (y por los mismos motivos), y el propio primer ministro, a través de su relación especial y directa con el presidente Roosevelt<sup>20</sup>. Los tres con el mismo objetivo, paralizar las políticas más radicales de Estados Unidos con respecto a

<sup>19</sup> Ibid, p. 863 y ss.

<sup>20</sup> Sobre el Vizconde de Halifax, véase: A. Roberts: *The Holy Fox. A Life of Lord Halifax*, Phoenix Press, London, 1999.

España, y respaldar la consecución de los objetivos razonables, que separasen finalmente a Franco de cualquier servidumbre con el Eje.

En cualquier caso, los últimos meses de 1943 y los primeros de 1944 fueron especialmente difíciles para España. Franco se resistió a plegarse a las demandas aliadas, sobre todo por que veía tras sus alas las ambiciones de los generales monárquicos, que aupados en los éxitos aliados habían comenzado a plantear —respetuosamente— al Caudillo la necesidad de un nuevo diseño para el régimen, cuando acabase la guerra, que favoreciese el retorno del Rey, y la institucionalización de un sistema político que fuese aceptable para los Aliados. Franco creía que, si se plegaba sin más a los Aliados, desataría los vientos del generalato conservador, y su posición de supremacía absoluta en el seno del régimen se vería seriamente amenazada. El Caudillo sabía que debía resistir, ganar tiempo, y apoyarse en ese camino en la Falange, tan necesitada como él en esos momentos de ocaso de la estrella alemana. No dudó en poner en práctica su juego favorito, el de la confusión y el equivoco, y llegó a ofrecer a los Aliados sustituir la División Azul por una flotilla de la Armada Española, que se uniría al esfuerzo de guerra contra el Japón en el Pacífico<sup>21</sup>.

Así, España se resistió hasta el final a la retirada de la División Azul, que permanecerá como Legión hasta bien entrado 1944. Fue necesaria la medida definitiva del embargo total a los suministros petrolíferos a España durante los primeros meses de ese año para conseguir que Franco, a regañadientes, comience a ceder a las exigencias aliadas. Sólo en abril de 1945 se interrumpía definitivamente la línea de Lufthansa entre Alemania y España<sup>22</sup>. El embargo fue una acción considerada como inadecuada por muchos responsables políticos británicos y, si bien muchos laboristas de la coalición gubernamental compartían la hostilidad desatada de los americanos con respecto a España, la respuesta mayoritaria desde las filas conservadoras era clara: con todas sus deficiencias políticas, el régimen franquista era más humano que la Rusia del aliado Stalin<sup>23</sup>. La visión de Churchill consiguió prevalecer, al menos durante unos meses en Gran Bretaña. La política parlamentaria se mantuvo generalmente al margen a la hora de alimentar el fuego de las amenazas a España.

En junio de 1944 se había producido el desembarco en Normandía, que marcaba el principio del fin del conflicto mundial. Apenas dos meses más

<sup>21</sup> Véase: F. Rodao, *Franco y el Imperio Japonés*, Plaza & Janes, Barcelona, 2002.

<sup>22</sup> Bowker al Foreign Office. 17-5-1945. National Archives of the United Kingdom (NAUK) FO 371/39549.

<sup>23</sup> Véase al respecto los diarios de Jock Colville, secretario de Churchill durante la guerra: J. Colville: *A La Sombra de Churchill, Diarios de Downing Street. 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.

tarde, fallecía en San Sebastián el Conde de Jordana, responsable de pilotar —con especial acierto— la política española desde septiembre de 1942<sup>24</sup>. Ambos hitos, la Operación Overlord y la muerte del ministro, marcaban el retorno de España a la insignificancia internacional. En poco tiempo, la comunicación terrestre entre España y el Reich quedó interrumpida, y ya no había lugar para temer el comercio español con Alemania, ni para que los espías del Reich en España jugasen papel alguno en la marcha de la guerra. Franco y su régimen pasaron a ser un mero argumento político, un elemento conversacional en las cumbres de los grandes. Stalin pudo hablar de la península y de la necesidad de —en su debido tiempo— ajustar las cuentas con el Caudillo, y quizás con Salazar. Pero ni Roosevelt, ni sobre todo Churchill, estaban por la labor de enfangarse en remediar el estado de cosas de la península. Aún no. Había otras prioridades, y muchas de ellas tenían que ver con la propia voracidad del líder soviético. A finales de año, Samuel Hoare abandonó Madrid, señal inequívoca de que nada quedaba por hacer para el Reino Unido en España.

Cuando la guerra terminó, con la victoria de los Aliados y el nacimiento de un nuevo mundo, dividido entre rusos y estadounidenses, Churchill eligió Hendaya, en la frontera franco-española, para pasar unos días de descanso. La prensa española especuló con una visita del primer ministro a San Sebastián. Era sobre todo un deseo de bendición internacional, materializado en una sonora frustración.

Churchill apreciaba sinceramente a España. Su comprensión, que no admiración o adhesión, hacia la política española durante la Segunda Guerra Mundial fue fiel reflejo de esa realidad. A lo largo de los años del conflicto, pese a todas sus deficiencias, España hizo lo que Inglaterra necesitaba de ella. Churchill era un realista y no necesitaba más. Pese a su monarquismo militante, no sintió el ansia de satisfacer vendettas ideológicas particulares al tratar con Franco y su régimen. Haber favorecido cualquier práctica de ingeniería política con nuestro país hubiese ido en contra de su arraigado sentido de la historia. Al mirar a España —ya fuese durante los sufrimientos de la Guerra Civil o en el tiempo del auge del franquismo— Winston Churchill veía sobre todo un pueblo infeliz, encerrado en las dolorosas contradicciones de su historia; un dilema que —estaba plenamente convencido de ello— correspondía resolver en exclusiva a los propios españoles. Pero en 1945 todo cambió en Londres. El nuevo gobierno laborista, surgido de las elecciones de julio no estuvo exento de políticos brillantes. Como veremos, el propio nuevo primer ministro, Atlee, o Ernst Bevin, el secretario del Foreign Office, se encuentran entre los más preclaros al cumplir sus

---

<sup>24</sup> Diarios.

cometidos de todos los que definen la historia política británica del siglo XX. Pero en el tiempo nuevo, las presiones externas serán totalmente distintas, y el contexto, uno inédito para la solera del Foreign Office y de toda la política exterior británica en su historia reciente. España sería uno de los focos en los que todos esos cambios, y hasta cierto punto traumas, se harían más visibles. Lo que se pensase o planease en Whitehall iba a ser, día a día, menos importante.

## 2. ¿UN NUEVO TIEMPO EN EL FOREIGN OFFICE?

Con la salida de Sir Samuel Hoare de la embajada en Madrid, que ya hemos apuntado, y la llegada a la capital española de su sustituto, Sir Victor Mallet (el encargado de negocios en los meses que mediaron hasta su nombramiento fue Reginald James Bowker, un sensato y efectivo diplomático de carrera), se abrió una etapa nueva en las relaciones bilaterales hispano-británicas definida por distintos factores<sup>25</sup>: en primer lugar, el acercamiento del final de la Guerra Mundial y el reajuste de la actitud aliada con respecto a España tras finalizar la guerra en Europa, sobre todo con motivo de la celebración de la conferencia de Postdam y —en relación con ello— con la inesperada victoria laborista que coincide con la propia celebración de la conferencia.

Todo ello supondría una intensificación de la hostilidad internacional al régimen. Con muchos altibajos, también de la británica. En la embajada estadounidense en Madrid también se produjo un relevo no menos trascendental, con el retorno a su país de Carlton Hayes (celebrado por las autoridades del régimen como un amigo destacado de España) y la llegada de Norman Armour en su sustitución. Las instrucciones de Roosevelt al nuevo embajador, cuando su vida se dirigía acelerada ya a su final, constituye un documento que en los años posteriores fue de especial interés para los responsables del Foreign Office:

March 10<sup>th</sup>, 1945.

My Dear Mr. Armour.

In connexion with your new assignment as Ambassador to Madrid I want you to have a frank statement of my views with regards to our relations with

---

<sup>25</sup> El mejor estudio hasta la fecha sobre la cuestión F. Portero, *Franco Aislado. La Cuestión Española (1945-1950)*, Aguilar, Madrid, 1989. Sobre la lenta cesión de protagonismo del Reino Unido a los Estados Unidos. C. Collado Seidel, *El Telegrama que Salvó a Franco*, Crítica, Barcelona, 2016. Merece mención especial el magnífico estudio sobre la cuestión de Xavier Hualde: X. Hualde, *El Cerco Aliado. Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña ante la Cuestión Española*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2016.

¿DERRIBAR A FRANCO? GRAN BRETAÑA,  
ESPAÑA Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL 1945-1951

Spain. Having been helped to power by Fascist Italy and Nazi Germany and having patterned itself along totalitarian lines the present regime in Spain is naturally the subject of distrust by a great many American citizens who find it difficult to see the justification for this country to continue to maintain relations with such a regime. Most certainly we do not forget Spain's official position with and assistance to our Axis enemies at a time when the fortunes of war were less favourable to us, nor can we disregard the activities, aims, organizations and public utterances of the Falange both past and present. These memories cannot be wiped out by actions more favourable to us now that we are about to achieve our goal of complete victory over those enemies of ours with whom the present Spanish regime identified itself in the past spiritually and by its public expressions and acts. The fact that our government maintains formal diplomatic relations with the present Spanish regime should not be interpreted by anyone to imply approval of that regime and its sole party the Falange which has been openly hostile to the United States and which has tried to spread its Fascist party ideas in the Western hemisphere. Our victory over Germany will carry with it the extermination of Nazi and similar ideologies. As you know it is not our practice in normal circumstances to interfere on the internal affairs of other countries unless there exists a threat to international peace. The form of government in Spain and the policies pursued by that government are quite properly the concern of the Spanish people. I should be lacking in candour however if I did not tell you that I can see no place in the community of nations for governments founded on Fascist principles. We all have the most friendly feelings for the Spanish people and we are anxious to see a development of cordial relations with them. There are many things which we could and normally would be glad to do in economic and other fields to demonstrate the friendship. The initiation of such measures is out of the question at this time however when American sentiment is so profoundly opposed to the present regime in power in Spain. Therefore we earnestly hope that the time may soon come when Spain may assume the role and the responsibility which we feel it should assume in the field of international co-operation and understanding.

Very sincerely yours. Franklin D. Roosevelt<sup>26</sup>.

Pero volvamos al Reino Unido. La percepción que en aquel momento destilaba de los informes británicos sobre la actitud española ante la victoria aliada no podía ser más negativa. El 29 de mayo, Bowker informaba a Londres de la reacción en Zaragoza ante las muertes del presidente Roosevelt y la de Hitler. Al parecer, se celebraron fiestas privadas, en las que los presentes se congratularon por el fallecimiento del inquilino de la Casa Blanca, mientras que el consulado alemán en la ciudad recibió repetidas y públicas condolencias por la muerte del Führer. Parte de la explicación, cifraba el

---

<sup>26</sup> Carta de Franklin D. Roosevelt a Normal Armour. 10-3-1945. Citada en un telegrama del vizconde Halifax al Foreign Office. 29-9-1945. NAUK FO371-49613.



informe, se debía a la ubicación en Zaragoza de la Academia General Militar, cuya educación, afirmaba el informe, seguía el modelo alemán-prusiano<sup>27</sup>. El 29 de mayo, una nota verbal de la embajada de los Estados Unidos protestaba ante el Ministerio de Asuntos Exteriores de agresiones y ofensas a las banderas británica y estadounidense, exhibidas en ciudades como Lugo, Valladolid, Santiago de Compostela en las delegaciones de la *Singer Sewing Machine Company*, con motivo de la victoria en Europa<sup>28</sup>. El 20 de junio, así mismo los británicos denunciaron la celebración de una misa en memoria de Hitler en Santander<sup>29</sup>.

En aquel momento, la política británica y estadounidense era la de propiciar cambios sensibles y profundos en la naturaleza del régimen franquista. Sin una estrategia definida con respecto a su radicalidad y profundidad. El 19 de junio, un nuevo informe de Bowker a Anthony Eden especulaba sobre las razones por las que, aún sobre las cenizas de los regímenes de Hitler y Mussolini, Franco se resistía a poner en marcha los cambios que le demandaban británicos y estadounidenses, y que suponían dismantelar el aparato fascista del Estado. Entre las razones que refería Bowker en su informe se encontraban la hostilidad del Caudillo al cambio, ya que todo cambio —por principio— aunque fuese pequeño, podía debilitar su posición de preeminencia en España. Por otro lado, para el diplomático, Franco se consideraba genuinamente llamado por la providencia para gobernar España, y desde esa misma convicción, se sentía seguro, ya que el escenario futuro más probable era una guerra entre los aliados occidentales y la Unión Soviética<sup>30</sup>. Además, de manera relevante, Bowker apuntaba que —si bien la embajada americana cumplía las ordenes que le llegaban de la manera más certera posible— era cierto que el nuevo embajador, Norman Armour, estaba proyectando al régimen una imagen de mayor cordialidad que la deseable:

(...) It is not doubt, difficult to maintain cold reserve in the face of perpetual smiles and possibly Americans temperamentally are more susceptible to flattery than other(...) I am quite certain that the United States Ambassador has consistently spoken on the lines agreed in London and Washington in his conversations with General Franco's Minister, Señor Lequerica (...) But faced a week ago with an invitation to dine at the Pardo he did not feel able to send a refusal, despite the fact that such an invitation was quite unprecedented and the

<sup>27</sup> Translation of report from Zaragoza (British Vice-Consul Zaragoza) 29-5-1945 NAUK FO 371-49589.

<sup>28</sup> Véase: Nota Verbal de la Embajada de los Estados Unidos al Ministerio de Asuntos Exteriores. 26-5-1945. NAUK FO371-49589.

<sup>29</sup> Aide Memoire de la Embajada Británica. 13-7-1945. NAUK FO371-49589.

<sup>30</sup> Véase Bowker to Eden 19-6-1945. NAUK FO 371-49589.

dinner would inevitably be given political significance. Mr and Mrs. Armour duly attended, to find the Minister of the Falange among the guests and, although Mr. Armour, at about 2.30 in the morning, after the guests have been treated to an exhibition of tapestries, had an opportunity of telling General Franco of his disappointment that no progress has been made with the modification of the regimen and the elimination of Falange in accordance with repeated representations, General Franco returned a soft if lengthy, answer to each point (...) the following day a notice duly appeared in the press to the effect that the Caudillo had entertained the United States Ambassador and his wife to an intimate and friendly dinner party. No doubt General Franco used the event to convince the generals once more that he could count on American support<sup>31</sup>.

La cacareada bisoñez de los funcionarios estadounidenses seguía siendo una firme convicción que constituía un punto de partida necesario para todo análisis.

No fue necesario esperar a la victoria de Clement Attlee para percibir un aumento del interés británico por las posibilidades de favorecer un cambio político en España, o al menos por conocer la capacidad de la oposición de propiciarlo por sí mismo. En abril de 1945, Harold Farquhar, cónsul británico en Barcelona, remitía a la embajada en Madrid un extenso análisis de las fuerzas opositoras al franquismo en Cataluña. La minuciosidad del cónsul implicaba un renovado interés por parte de la diplomacia británica en las sensibilidades capaces de hacer tambalear a la España Nacional. En efecto el informe hacía un pormenorizado análisis de las fuerzas opositoras en Cataluña, recogiendo los movimientos de carácter comunista (Unión Nacional Española, Alianza Catalana, Juventudes Combatientes); socialistas y sindicalistas (Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, Frente de la libertad, PSOE, CNT, UGT, Movimiento Libertario, Confederación de Sindicatos Unidos, Partido Republicano Español, POUM, Frente de Libertad, Front Nacional de Catalunya/Bloque Catalán); y separatistas (Bloque Catalán, Esquerra, Estat Catalá Proletari, Acció Catalana, Unió Democrática, Liberación Nacional Republicana, Frente Nacional). Todo ello sin entrar a valorar sus informaciones sobre monárquicos y carlistas, con un apoyo popular más sólido, según el cónsul<sup>32</sup>. En cualquier caso, como bien apuntaba Farquhar, la atomización de la oposición jugaba a favor de Franco, y ninguno de esos partidos o sindicatos, a excepción de la CNT, apostaba por un fin violento del franquismo<sup>33</sup>.

Pocas semanas más tarde, a comienzos de julio, James Bowker informaba a Churchill que en una entrevista —intensamente difundida por los

<sup>31</sup> Bowker to Eden 19-6-1945. NAUK FO371-49589.

<sup>32</sup> Véase Farquhar a Bowker. 24-4-1945. NAUK FO371-49589.

<sup>33</sup> Véase Bowker a Eden. 29-5-1945. NAUK FO371-49589.

medios de comunicación— concedida por Franco al director de los Servicios Extranjeros de *Associated Press*, el Caudillo había llegado a manifestar su intención de celebrar elecciones municipales en España, y constituir un Consejo del Reino, como paso previo para «en el momento adecuado», proceder a la Restauración. Declaraciones sorprendentes, recibidas con escepticismo generalizado, pero que marcaban claramente una inequívoca voluntad del régimen de desprenderse por la vía rápida de conexiones con el Eje y el fascismo<sup>34</sup>. Sobre todo, apuntaba que Franco estaba dispuesto a entrar en uno de los juegos en los que era un experto más consumado. Lo que podríamos denominar procrastinación estratégica.

Jornadas después, Franco —en esa misma línea— y en una medida proactiva y defensiva (similar al ascenso del conde de Jordana al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1942), emprendería una crisis ministerial, y sustituía a José Félix de Lequerica por el más aceptable Alberto Martín Artajo<sup>35</sup>, al mismo tiempo que desaparecía el cargo de ministro—secretario general del Movimiento. El número de ministros falangistas se reducía de siete a cinco. Según el encargado de Negocios británico en Madrid, era un paso interpretado como un gesto a favor del sector monárquico del régimen<sup>36</sup>. Pocos días más tarde, Bowker ampliaba a Anthony Eden su perspicaz análisis del nuevo gobierno y del anunciado Fuero de los Españoles. En el apuntaba la caída de Lequerica, entre otras razones como una necesidad para mejorar las relaciones con Francia. El peso de la trayectoria de Lequerica como embajador ante el nefasto régimen de Vichy era demasiado oneroso, aunque la capacidad del escurridizo político vasco era más que notable. Su labor política aún tenía momentos resonantes por delante como responsable de la creación del lobby español en Estados Unidos, tal y como se refiere en otros capítulos de este libro. El sustituto del artero Lequerica, Alberto Martín Artajo, era valorado muy positivamente por el encargado de Negocios, como un demócrata cristiano sensato y ajeno a las veleidades filo-fascistas del régimen, además de acreditar simpatía al Reino Unido. Raimundo Fernández Cuesta (Justicia) era presentado como un oportunista sin escrúpulos, mientras Bowker ponía en relación la caída de Demetrio Carceller con los conocidos casos de corrupción que le rodeaban<sup>37</sup>.

Pocos días más tarde, ya con Sir Victor Mallet instalado como nuevo embajador en Madrid (había presentado sus credenciales a Franco en San Sebastián a finales de julio), un terremoto que ya hemos apuntado sacudía

<sup>34</sup> Bowker a Churchill. 2-7-1945. NAUK FO 371-49589.

<sup>35</sup> Sobre la personalidad política de Matín Artajo véase: F. Portero, «Artajo. Perfil de un Ministro en Tiempos de Aislamiento», en *Historia Contemporánea* 15, 1996, 2011-224.

<sup>36</sup> Bowker al Foreign Office 22-7-1945. NAUK FO 371-49589.

<sup>37</sup> Véase Bowker to Eden. 3-8-1945. NAUK FO 371-49589.

la política británica. En las elecciones generales que se celebraban por primera vez desde el inicio de la Guerra, el Partido Laborista obtenía una victoria histórica, que convertía a Clement Attlee en primer ministro. Attlee sustituiría ya a Churchill en las últimas sesiones de la conferencia de Postdam. Era esperable del nuevo gobierno una actitud mucho más recelosa con respecto a España y su régimen. El prisma ideológico del laborismo cambiaba las simpatías dentro de la oposición al régimen del monarquismo al mucho más temible republicanismo. El edificio —feble en cualquier caso— de relación estable en la era Churchill tocaba a su fin.

Es necesario centrarse por lo tanto en la figura del nuevo hombre fuerte de la política británica. Uno que ha sido calificado como el mejor primer ministro laborista de la historia del Reino Unido en el siglo xx: Attlee era un hombre tranquilo cuyo perfil político se había forjado, entre otros elementos, por la compleja cuestión de la no-intervención en la guerra civil española<sup>38</sup>. La guerra había sido el quicio en el que osciló su política contraria al rearme hacia posturas —en lo que tenía que ver con España— favorables a un apoyo activo al bando republicano en la guerra<sup>39</sup>. Como líder laborista visitó en persona en territorio español a las Brigadas Internacionales. Un batallón de las mismas llevaba su nombre<sup>40</sup>. En 1945 se convertía en primer ministro en un mundo distinto al de los años treinta. Gran Bretaña ya no era una superpotencia autónoma, y sobre su futuro y el de toda Europa, se cernía la amenaza de la Unión Soviética y la inestabilidad de la postguerra. Su relación con Estados Unidos no sería tan poética quizás como la que había unido a Churchill y a Roosevelt. Desde su realismo —más allá de la falta de sintonía que pudiese tener con algunas decisiones de la Casa Blanca o sus aprensiones con respecto a los resultados de una política de bloques agresiva— su principal temor era que eventualmente Estados Unidos revirtiese a una política exterior aislacionista<sup>41</sup>. Gran Bretaña ya no estaba en situación de suplir ese posible vacío, por lo que en último término, más allá de la ideología, en política exterior, debería intentar amarrarse cual balsa de medusa, a los hechos. No en menor medida, teniendo en cuenta que su elección también causó dudas al otro lado del Atlántico. No en vano, esta pudo ser vista como el inicio del inexorable deslizamiento de Gran Bretaña por la senda del socialismo<sup>42</sup>. Por otro lado, más allá de España, al gobierno Attlee, al mismo tiempo que ponía las bases del moderno estado del bienestar británico, lidiaba con las privaciones de la postguerra, y avanzaba en

---

<sup>38</sup> Véase, J. Bew, *Citizen Clem. A Biography of Atlee*, London, Riverrun, 2016, pp. 201 y ss.

<sup>39</sup> Artículo

<sup>40</sup> Véase *Citizen Clem...* Op.cit., pp.201 y ss.

<sup>41</sup> P. Weiler, *Ernst Bevin*, Routledge Revivals, London, 2016, p. 149.

<sup>42</sup> Véase *Citizen Clem...* op.cit., p. 371.

la reforma de la Commonwealth, le tocó también abordar elementos complejos de las relaciones con Estados Unidos en lo económico como el fin del programa *Lend Lease*<sup>43</sup>. Eran demasiados frentes abiertos y España, en el marco amplio de análisis, solo una pieza más. Es cierto que por el encaje histórico de la Guerra Civil en la propia historia reciente del laborismo, España constituía una de las cuestiones que más agitaban las sensibilidades de los *backbenchers* del partido, y que más susceptible era de ser abordada desde su acervo ideológico.

Así las cosas, con la llegada de los laboristas al poder, el franquismo no podía sino sentir la mayor de las aprensiones. Estas naturalmente se centran en el nuevo secretario del Foreign Office: Ernst Bevin<sup>44</sup>, que se probaría en el cargo como sensato, realista y eficiente. Es otro perfil al que debemos prestar atención. En esa política tantas veces admirable que es la británica, Bevin era el candidato favorito (al parecer de manera entusiasta) para el puesto por parte de nada menos que de su antecesor: Anthony Eden. Nos encontramos ante un hombre de contrastes, sin duda brillante y con un perfil atípico. Bevin era, para empezar, el principal amigo y aliado político del nuevo primer ministro. El propio Atlee, tras su retiro, lo expresó con claridad: «*My relationship with Ernst Bevin was the deepest of my political life (...) Ernst embodied, and indeed was the embodiment of common sense*»<sup>45</sup>. Criado al calor de las Trade Unions británicas y de su fragor ideológico, sin embargo, el hombre fuerte del Foreign Office no respondía en muchos aspectos al cliché del laborista típico. En un plano mundano, su estilo distaba de ser el de un correoso líder sindical:

(...) He was a committed democrat yet a tough authoritarian; a socialist yet an imperialist; a fervent patriot as well as an ardent internationalist; a trade union leader and working-class icon who became thoroughly middle class, even pan class. By the 1930s there was no cloth cap but instead a bowler hat, cigars, well-cut suits and an art deco apartment in Kensington. During the war, he even joined the Garrick Club. Yet, to the end, he was unswayed by money and status. The Garrick membership was mostly to hob-nob with actor managers from the world entertainment like J. Arthur Rank, Basil Dean and Seymour Hicks, pan-class impresarios like himself, who became his friends and even family connections<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> Ibid, p. 371 y ss.

<sup>44</sup> Sobre la figura de Bevin veáse la biografía de Allan Bullock: A. Bullock, *Ernst Bevin. A Biography*, Peter Hennessy, London, 2001 & De interés, también: J. Saville, *The Politics of Continuity. British Foreign Policy and the Labour Government (1945-1946)*, Verso Books, Londres, 1993.

<sup>45</sup> A. Adonis, *Ernst Bevin. The Labour Churchill*, London, Biteback, 2020, p. XIV.

<sup>46</sup> Ibid. P. XIII

Más sorprendente si cabe, será el celo imperial de Bevin al defender como secretario del Foreign Office, con firmeza inusitada, la pervivencia del poder internacional británico a través del mantenimiento de la mayor parte del Imperio. Existe consenso entre los historiadores en ese sentido. Bevin consideraba que la única forma de que Gran Bretaña no cayese al estatus de potencia de segundo orden era mantener el vigor de la posición imperial británica en Oriente Medio y Asia, como principal poder benefactor, y apoyar esfuerzos similares de potencias europeas de dimensión colonial como Francia y Holanda<sup>47</sup>. Esa sorprendente apuesta por la continuidad del imperio, partía entre otras consideraciones de una percepción pesimista sobre el futuro de Europa en relación con la Unión Soviética. Bevin el laborista, sabía que, para frenar a Moscú, el aliado necesario e indispensable eran los Estados Unidos:

Given this situation, the British had only one place to turn for help, the United States, which had emerged from the war as by far the strongest military alliance, however, relations between Britain and the United States were uneasy. American policy-makers had long disliked and resented British colonialism and regarded the sterling bloc, which tied present and former colonies to Britain economically, as a threat to the open world economy that they saw as the key to future American prosperity and world peace. Such attitudes complicated the Foreign Office's desire to 'make use of American power for the purposes which we regard as good', as one official had put it toward the end of the war<sup>48</sup>.

Washington era —también para los laboristas (como en gran medida para los Tories)— la capital de una potencia joven que había que modular y orientar. No dejaba de ser un análisis certero. Hasta la llegada de George C. Marshall al Departamento de Estado en enero de 1947, el entramado y sofisticación de esa agencia no se podía comparar con la veteranía y solera del Foreign Office. El primer Secretario de Estado de Truman, Joseph F. Brynes no dejó de ser un personaje políticamente débil en relación sobre todo a sucesores: Marshall, Acheson o Stettinius. Brynes no imprimió cambios en la política exterior del país a la altura de nuevas responsabilidades globales. En aquellos meses, un alto diplomático estadounidense llegó a calificar el Departamento de Estado como un entramado marginado e ineficaz, y con moral excesivamente baja<sup>49</sup>.

Pronto, esa potencia joven maduraría lo suficiente para dictar la política de sus aliados cada vez con mayor vehemencia. El caso español no constituye en la visión internacional de Bevin una piedra angular, pero es un fiel

---

<sup>47</sup> Véase, *Ernst Bevin...* op. Cit. P. Weiler 146 y ss.

<sup>48</sup> *Ibid.* P. 149.

<sup>49</sup> Véase *El Cerco Aliado...* op.cit., p. 191.

reflejo de esta realidad. Un microcosmos útil para comprender los avatares de la política exterior británica del momento.

### 3. ESPAÑA: AISLADA... PERO SIN UNA ESTRATEGIA CLARA

Pero volvamos a España. La declaración final de la Conferencia de Postdam, había excluido explícitamente a España del nuevo orden mundial que comenzaba a configurarse. La declaración de los gobiernos estadounidense, británico y soviético había desaconsejado la entrada de España en la recién creada Organización de Naciones Unidas, fundada en abril de ese año en San Francisco:

The three Governments feel bound however to make it clear that they for their part would not favour any application for membership put forward by the present Spanish Government, which, having been founded with the support of the Axis Powers, does not, in view of its origins, its nature, its record and its close association with the aggressor States, possess the qualifications necessary to justify such membership<sup>50</sup>.

Como poco después informaba Victor Mallet a Londres, la declaración, junto con a victoria laborista, había provocado una auténtica crisis en el seno de la política española, como pudo constatar el agregado de prensa británico, Thomas Burns, en una conversación privada con el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, muy inquieto ante la posibilidad de que las potencias otorgasen legitimidad a un gobierno provisional, partidario de la restauración de la República. Mallet adjuntaba en su telegrama un incisivo memorándum de Burns, en el que apuntaba que el cambio de gobierno en Londres incorporaba por primera vez en la compleja ecuación de la política española la cuestión del tiempo, de la urgencia, en una peripecia interna que vivía sus momentos más convulsos desde el final de la Guerra Civil. En su opinión, había que dejar obrar a ese sentimiento de urgencia hacia el cambio, sin incurrir en presiones externas, que uniesen a los españoles apoyar el régimen pese a su desprestigio, ante el temor a una nueva Guerra Civil. No podemos olvidar que casi al mismo tiempo se constituía en México el gobierno provisional republicano de José Giral<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> The Berlin (Potsdam) Conference, July 17-August 2, 1945. (a) Protocol of the Proceedings, August 1, 1945. En [http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/decade17.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/decade17.asp) (Consultado el 9-9-2021).

<sup>51</sup> Mallet a Bevin. 10-8-1945. NAUK FO371-49589. (Adjunta el memorándum de Tom Burns). Rusia había mostrado un especial interés en incluir una referencia explícita a España. Véase el apunte de D. Holler-Millar del 8 de agosto en NAUK FO 371-49613.

El 8 de agosto, desde San Sebastián, donde se había trasladado el gobierno para el tradicional Ministerio de Jornada, Mallet había remitido una carta personal a Frederick Holler-Millar, perspicaz funcionario recién llegado de Washington y ahora destinado como responsable de la sección de Europa del Foreign Office. En la confidencia de una carta personal, Mallet dejaba ver lo más profundo de su percepción de los asuntos españoles como recién llegado. En ella, el embajador reafirmaba el temor real del régimen ante la posibilidad de un apoyo británico a Juan Negrín o Indalecio Prieto, como recambios traumáticos de Franco. Ninguno de ellos, a ojos de Mallet, contaba con apoyos en el país como para constituir una opción seria. Todo paso en falso en España, apuntaba el embajador, podría desencadenar en un nuevo conflicto europeo, por lo que en su opinión lo mejor era continuar con la política de contención de un régimen abyecto, pero en último término inofensivo, que no era siquiera era capaz de mantener un suministro eléctrico constante en Madrid. Tras su primer encuentro, Mallet definía a Franco como un: *«smiling villain —rather absurdly unlike the popular idea of a dictator with his Pekingese goggle eyes and fat tummy and short legs. Artajo is bulky and serious but probably a good chap, though a Jesuit»*<sup>52</sup>. En otra carta personal, cuatro días antes, a otro preclaro miembro del Foreign Office, Oliver Harvey, Mallet —además de destacar la buena sintonía con su homólogo estadounidense (que se desplazó desde Madrid a San Sebastián para recibirle)— apuntaba que la conferencia de Postdam y el cambio de gobierno en Londres sin lugar a dudas habían animado a los generales a promover en caso necesario un cambio de régimen<sup>53</sup>.

El 7 de agosto, un memorándum al nuevo secretario de Foreign Office, Ernst Bevin (el motivo era la renuncia del Duque de Alba a continuar como embajador en Londres, tras a la petición hecha en ese sentido por D. Juan a la nobleza española), planteaba que el secretario trasladase a Alba como un hecho que sería imposible una relación cordial entre el Reino Unido y España en tanto Franco y la Falange siguiesen en el poder<sup>54</sup>. Una escalada quizás simbólica pero evidente con respecto a los cambios que los británicos pedían hasta ahora, que como hemos apuntado, se cifraban en un cambio de la naturaleza del régimen, pero no necesariamente en la salida del Caudillo del poder. Una semana más tarde, el 15 de agosto, Bevin informaba a la embajada de Washington sobre la voluntad de distintas repúblicas iberoamericanas (Chile, Perú, Venezuela) de realizar alguna acción —no concreta— con respecto a España, pero que posiblemente implicaba la ruptura de

<sup>52</sup> Mallet a Holler-Millar. 8-8-1945. NAUK. FO 371-49613.

<sup>53</sup> Mallet a Oliver Harvey. 4-9-1945. NAUK FO 371-49589.

<sup>54</sup> Note for the Secretary of State on the Spanish Ambassador. 7-8-1945. NAUK FO 371-49549.



relaciones. Antes de dar cualquier paso, deseaban contar con la opinión del gobierno británico. El Foreign Office deseaba informar al Departamento de Estado de la respuesta —elocuente— que estaba dando a estas preguntas<sup>55</sup>:

(...) the present British Government (...) would only be too glad to see the disappearance of the present régime from Spain. At the same time, they have no intention of intervening actively to bring about Franco's forcible removal or his replacement by any particular alternative government. They think the choice of any alternative form of government is a matter for the Spanish people themselves, and they think it is important to avoid any action which could be regarded as direct intervention in Spanish internal affairs. Any such intervention would they think, only rally Spanish opinion behind Franco or, more likely, encourage the outbreak of civil war. The latter eventually must be avoided at all costs<sup>56</sup>.

El 20 de agosto, Bevin pronunciaba en el Parlamento las primeras palabras sobre España, en las que reflejaba la política de su gobierno. Era en el debate sobre el discurso del Rey a ambas cámaras. El primero con los laboristas en el poder:

May I now turn to a very popular subject —Spain— A good deal has been said in this Debate about General Franco and the Spanish question. I will briefly quote His Majesty's Government's view. It is that the question of the régime in Spain is one for the Spanish people to decide. I cannot go further than the declaration issued at the Berlin Conference, which makes it plain that while we have no desire permanently to penalise the Spanish people, we cannot admit Spain into the club, unless she accepts the basic principles of the club. These are the rights of peoples freely to choose their own form of government. On the other hand, I am satisfied that intervention by foreign Powers in the internal affairs of Spain would have the opposite effect to that desired, and would probably strengthen General Franco's position. It is obvious from what I have said that we shall take a favourable view if steps are taken by the Spanish people to change their régime, but His Majesty's Government are not prepared to take any steps which would promote or encourage civil war in that country. In this, I know, I am voicing the views not only of myself but of many ardent Spanish Republicans<sup>57</sup>.

Nada quizás nuevo, ni revolucionario, bajo el pálido sol de Londres... y quizás justo por eso Martín Artajo, que recibió al embajador británico al poco de escuchar el discurso en la BBC, no pudo disimular ante Mallet su

<sup>55</sup> Cfr. Foreign Office to Washington. 15-8-1945. NAUL FO 371-49549.

<sup>56</sup> Foreign Office to Washington. 15-8-1945. NAUL FO 371-49549.

<sup>57</sup> El texto completo del discurso en: [https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1945/aug/20/debate-on-the-address#S5CV0413P0\\_19450820\\_HOC\\_31](https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1945/aug/20/debate-on-the-address#S5CV0413P0_19450820_HOC_31) (consultado el 15-9-2021).

alivio. No había nada de lo que había expresado Bevin, pese a la referencia directa a los republicanos españoles, que supusiese una amenaza inminente al régimen. Artajo, además de agradecer el tono razonable de las palabras de Bevin, llegó a celebrar el discurso como parte de la larga tradición de palabras memorables de los estadistas británicos<sup>58</sup>. El ministro, en efecto, veía a su gobierno y a su país en el filo de la navaja.

A partir de septiembre, Mallet mantendría distintas entrevistas con Martín Artajo sobre el futuro de las relaciones entre ambos países<sup>59</sup>. En ellas se excluyó la intervención directa de las Naciones Unidas en España o el apoyo a procesos revolucionarios para propiciar un cambio político en España, pero también se negó el corpus de afirmaciones españolas referentes a la naturaleza evolutiva del régimen, su carácter pacífico, así como la legitimidad del régimen en función de su apoyo social o su éxito económico<sup>60</sup>.

Mientras, los Estados Unidos habían optado por una política mucho más agresiva, y directamente el embajador Armour había informado a Martín Artajo que era imposible alcanzar un estado positivo en las relaciones entre ambas partes si Franco permanecía en el poder<sup>61</sup>. La hostilidad de Harry S. Truman al régimen de Franco, como antes la de Roosevelt, era radical<sup>62</sup>. La posibilidad de un cambio de régimen se hacía, día a día, a ojos de británicos, pero sobre todo de los estadounidenses, una posibilidad (teórica) más tangible. Los medios, y su alcance, eran del todo diferentes. Estados Unidos flirteaba con una estrategia frontal; el Reino Unido favorecía la moderación y el cambio lento, pese a las presiones domésticas que debía afrontar el gobierno laborista.

En efecto, prácticamente al mismo tiempo que el curso político se iniciaba en Madrid, las *Trade Unions* y otras asociaciones laboristas británicas comenzaron a presionar al Foreign Office para que cortase toda relación con la España Franquista y para que no tolerase la pervivencia del fascismo en Europa. Sólo por citar someramente algunos ejemplos, *The National Council for Civil Liberties* escribió a Bevin el 4 de septiembre en este sentido; el 24 lo hicieron los representantes de la *Transport & General Workers Union* y el 19 de octubre *The International League for the Rights of Man*<sup>63</sup>. El Foreign Office debía lidiar con un contexto en el que su principal aliado —los Estados Unidos— eran partidarios de una política de mayor mano dura, lo

<sup>58</sup> Mallet al Foreign Office. 22-8-1945. NAUK FO 371-49459.

<sup>59</sup> Véase Mallet a Bevin. 1-9-1945. NAUK FO 371-49459.

<sup>60</sup> Véase Mallet a Bevin. 1-9-1945. NAUK. FO 371-49613.

<sup>61</sup> Mallet al Foreign Office. 1-9-1945. NAUK. FO 371-49613.

<sup>62</sup> Sobre esta cuestión, véanse las relevantes aportaciones de Joan María Thomàs en este mismo volumen.

<sup>63</sup> Véase NAUK. FO 371-49613.

mismo que parte de la opinión pública británica, o el más beligerante de todos los aliados occidentales, la República Francesa. De todos ellos sin duda Gran Bretaña era el más realista de los socios, pero aún así no pudo sino sumarse a la política en boga de aislar a Franco, o incluso acabar con él. El nuevo orden mundial, no parecía dispuesto a tolerar un reducto del pasado como la España franquista. La rápida escalada de tensión entre los Bloques engendradora por la Guerra Fría colaboraría a modificar ese panorama.

Así las cosas, el periodo de aislamiento internacional de España se iniciaría el 12 de diciembre de 1946 con la decisión de las principales potencias de retirar sus embajadores de España, fruto de una resolución en ese sentido de la Asamblea General de la ONU. Antes de ello, el asedio a la continuidad de Franco en el poder tuvo hitos significativos, principalmente la condena al régimen del 4 de marzo de 1946 por Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, en el contexto de la escalada de tensión del Régimen con la República Francesa que supuso el cierre de la frontera pirenaica en otoño de 1945. Su texto era fundamentalmente ambiguo, pero no exento de extremada dureza en alguno de sus enunciados:

The Governments of France, the United Kingdom and the United States of America have exchanged views with regard to the present Spanish Government and their relations with the regime. It is agreed that so long as General Franco continues in control of Spain, the Spanish people cannot anticipate full and cordial association with those nations of the world which have, by common effort, brought defeat to German Nazism and Italian Fascism, which aided the present Spanish regime in its rise to power and after which that regime was patterned.

There is no intention of interfering in the internal affairs of Spain. The Spanish people themselves must in the long run work out their own identity. In spite of the present regime's repressive measures against the orderly efforts of the Spanish people to organize and give expression to their political aspirations, the three Governments are hopeful that the Spanish people will not again be subjected to the horrors and bitterness of civil strife.

On the contrary it is hoped that leading patriotic and liberal-minded Spaniards may soon find the means to bring about a peaceful withdrawal of Franco, the abolition of Falange, and the establishment of an interim or caretaker government under which the Spanish people may have an opportunity of freedom to determine the type of government they wish to have and to choose their leaders. Political amnesty, the return of exiled Spaniards, freedom of assembly and political association and provision for free public elections are essential. An interim government which would be and would remain dedicated to these ends should receive the recognition and support of all freedom-loving peoples.

Such recognition would include full diplomatic relations and the taking of such practical measures to assist in the solution of Spain's economic problems as may be practicable in the circumstances prevailing.

Such measures are not now possible. The question of the maintenance or termination by the Governments of France, the United Kingdom and the United States of diplomatic relations with the present Spanish regime is a matter to be decided in the light of the events and after taking into account the efforts of the Spanish people to achieve their own freedom<sup>64</sup>.

La belicosidad de Francia hacia España en los meses previos fue sin duda uno de los quebraderos de cabeza principales del Foreign Office, y suponía una vía de agua a una cualquier voluntad de coordinación de las potencias occidentales frente a la actitud radicalmente hostil de la Unión Soviética y sus satélites hacia España. La declaración, es necesario precisarlo, afirmaba que correspondía a los españoles decidir su propio futuro, y negaba cualquier injerencia de las potencias en ese proceso, pero también que, tan pronto como el país contase con un gobierno liberal y democrático, se integraría plenamente en la comunidad occidental.

Sin lugar a dudas, más relevante —Moscú (con Polonia como elemento interpuesto) elevó en abril (como ya hemos apuntado) la cuestión española al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Se inició así lo que podríamos denominar como una magna ceremonia de confusión internacional que tuvo por un lado a España como centro, y que —por otro— puso de manifiesto como el control de los hilos de la diplomacia internacional de escurría entre los dedos del Foreign Office. La historia es conocida. Si bien la cuestión venía larvándose desde tiempo atrás (Francia ya se había mostrado entusiasta ante la posibilidad), fue en abril de 1946 cuando la delegación de Polonia, durante la 34ª reunión del Consejo de Seguridad, pidió que el «problema español» se incorporase al orden del día, como una posible amenaza para paz, o potencial fuente de actos agresivos. En el mes de marzo, la embajada británica en Washington había trasladado al Departamento de Estado la oposición de su gobierno a que la cuestión española se llevase al Consejo de Seguridad, tal y como sugería el gobierno francés<sup>65</sup>. La actitud estadounidense fue mucho menos terminante en este sentido.

Tras un tira y afloja en el que el Consejo de Seguridad quedó dividido en dos, y se acordó la creación de un subcomité investigador para ponderar

---

<sup>64</sup> THE SPANISH GOVERNMENT AND THE AXIS: Documents – DEPARTMENT OF STATE Publication 2483 – EUROPEAN SERIES 8 – Washington, DC: Government Printing Office, 1946. Published online by *The Avalon Project* at Yale Law School.

<sup>65</sup> Véase. Aide Memoire de la Embajada Británica en Washington. 18-3-1946. State Department 852.00/3-1846 Recurso en línea: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1946v05/d721> (Consultado el 12-9-2021). Sobre la actitud estadounidense ante la cuestión española, tal y como se abordó en la ONU, véase: A. Jarque Iñiguez, «Estados Unidos ante el caso español en la ONU, 1945-1950», *REDEN: Revista Española de Estudios Norteamericanos*, N.º 7, 1994, pp. 157-174.

la amenaza que podía suponer España para la paz mundial, del que fueron miembros Australia, Brasil, China, Francia y la propia Polonia<sup>66</sup>. Uno de los temores principales del Foreign Office fue que el subcomité decidiese convertir su labor en una audiencia pública sobre España y su política durante la II Guerra Mundial<sup>67</sup>. Al parecer, esta opción estuvo realmente sobre la mesa con nombres como el de Samuel Hoare entre los posibles testigos citables. Todo ello hubiese convertido sus deliberaciones, de facto, en las de un tribunal<sup>68</sup>. No podemos olvidar que es justo en este momento cuando aparecieron publicadas por primera vez sus famosas memorias «Ambassador on Special Mission»<sup>69</sup>. El gobierno británico recabó directamente información del gobierno de Madrid para facilitarla al subcomité y hacer patente la pobre amenaza a la paz que el poder español suponía. Por ejemplo, informó sobre la capacidad militar a la altura de 1946 del Ejército Español. Sus efectivos, según un telegrama de Victor Mallet al Foreign Office, eran —de acuerdo con las autoridades españolas— de 450.000 soldados, de los cuales 150.000 se encontraban concentrados en la frontera de los Pirineos. Al parecer, según las autoridades polacas solo en Cataluña el Ejército contaba con más de 200.000 efectivos. Las cifras de Mallet reducían ese contingente a 60.000<sup>70</sup>.

Finalmente, si bien ese y otros peligros que hubiesen podido desestabilizar la frágil posición española fueron conjurados, no es menos cierto que la resolución de la Asamblea General del 12 de diciembre de 1946 supuso una acción dura, y con escasos antecedentes, que exponía como quizás nunca antes el flanco diplomático del régimen franquista. En efecto, la resolución significaba una neta condena internacional del régimen, presentado como amenaza potencial a la paz, por lo que debía ser excluido de cualquier órgano dependiente de la ONU. Lo que sin duda ha permeado en el imaginario de estos años fue, en cualquier caso, la salida de España de gran parte de los embajadores acreditados en Madrid.

No es menos cierto que lo que destila de la lectura de la documentación del Foreign Office custodiada en los *National Archives* del Reino Unido es una significativa frustración británica<sup>71</sup> con un proceso que no habían podido controlar. Un proceso en el que la Unión Soviética y sus aliados habían jugado las cartas con mucha más inteligencia y, sobre todo, sin nada que perder. En el caso de Estados Unidos, Xavier Hualde habla de una política calculada

<sup>66</sup> Véase Cadogan al Foreign Office. 25-4-1946. NAUK CAB 121-541.

<sup>67</sup> Sobre el Foreign Office y las labores del subcomité véase: NAUK CAB 121-541.

<sup>68</sup> New York al Foreign Office. 4-5-1946. NAUK CAB 121-541.

<sup>69</sup> Véase: *Ambassador on Special Mission*, *op. cit.*

<sup>70</sup> Véase Mallet al Foreign Office. 3-5-1945. NAUK CAB 121-541.

<sup>71</sup> Véase *El Cerco Aliado... op. cit.*, p. 144 y ss.

«*se podía presionar a Franco, pero hasta cierto punto*»<sup>72</sup>, y nunca hasta el de hacer con ello el juego a la Unión Soviética<sup>73</sup>. Los británicos eran, como hemos visto, más fatalistas con respecto al resultado interino del abordaje del caso español en la ONU. Un telegrama del embajador en Moscú, Frank Roberts, que había sido instrumental en los asuntos españoles durante la guerra, al Foreign Office, abundaba en esta realidad, al mismo tiempo que incidía en la postura ambivalente de Francia ante los designios del gobierno soviético<sup>74</sup>. A comienzos de abril, Roberts escribía de nuevo, esta vez a Frederick Hoyer Millar, director de los asuntos europeos del Foreign Office. El incisivo Roberts apuntaba que la estrategia soviética con respecto a España pasaba por crear un clima en el que británicos y estadounidenses cifrasen su política no en función de sus intereses sino en función de apriorismo ideológicos. Estaban teniendo éxito en esa tarea<sup>75</sup>. Roberts era un intelecto de primer nivel, y en su comentario podemos percibir quizás una crítica velada a su gobierno y la interferencia en su proceder que podría suponer la presión de las bases laboristas para endurecer la política respecto a España.

Durante todo 1946 los británicos trataron de arrancar de Martín Artajo algún tipo de compromiso con respecto a un posible cambio de régimen en España, que pudiese aliviar las tensiones en las reuniones de la ONU. Franco, en boca de su ministro, continuó procrastinando. El telegrama de Victor Mallet a Londres, del 10 de julio, tras una entrevista suya y de su homólogo estadounidense con el responsable de la política exterior española, es elocuente:

In the course of my interview with Minister of Foreign Affairs yesterday my United States colleague and I asked if he could tell us anything more regarding the prospects of political evolution here. The minister who had just returned from a week-end in the country with Franco, said that closing of the French frontier and meetings of UNO had delayed political evolution be at least five months<sup>76</sup>.

Casi de inmediato, tras la resolución de la ONU Estados Unidos renunció a la sustitución de su embajador (hasta 1945, Norman Armour)<sup>77</sup>. La embajada en ese momento estaba vacante. No se restablecería la normalidad en las

---

<sup>72</sup> Ibid, p. 145.

<sup>73</sup> Ibid.

<sup>74</sup> Cfr. Roberts al Foreign Office. 3-3-1946. NAUK FO 371-60453.

<sup>75</sup> Cfr. Roberts a Hoyer Millar. 1-4-1946. NAUK FO 371-60453.

<sup>76</sup> Véase Howard al Foreign Office 10-7-1946. NAUK FO 371-60453.

<sup>77</sup> Armour sería nombrado subsecretario de Estado por George C. Marshall, y es evidente que su percepción de primera mano del régimen franquista colaboraría a modular el cambio político con respecto a España que se inició pocos meses más tarde.

relaciones entre ambas partes hasta 1951. Los británicos hicieron lo propio, y Douglas Howard, un hábil diplomático, quedó al mando de la legación británica en Madrid. En 1949 le sucedería en el cargo Robert Hankey. Todo ello constituye un cúmulo de hitos bien conocidos que no es menester abordar en estas páginas. Sí forma parte de nuestro objetivo analizar cómo la política británica se moduló ante esta coyuntura, y cómo fue el Foreign Office el que lideró, desde 1947 hasta 1949 una campaña tibia y desordenada para promover un cambio *tranquilo* de régimen en España frente a los planteamientos —como veremos— de corta duración, pero crecientemente radicales del Departamento de Estado.

#### 4. 1947. PUNTO DE INFLEXIÓN

1947 sería así un año de inflexión. Y uno que probaría hasta qué punto la política exterior británica pasaba a ser subsidiaria, en tiempo y forma, de la estadounidense. Durante ese año, Estados Unidos oscilaría entre valorar opciones relativamente radicales para derrocar a Franco, destiladas de la reunión que el 10 de marzo mantuvo Salvador de Madariaga con responsables del Departamento de Estado, a la irrupción de un nuevo realismo que coincide con la llegada de George Marshall a lo más alto de ese departamento. Las consecuencias de ese cambio son conocidas, y además tectónicas: el lanzamiento de la Doctrina Truman y del Plan Marshall o la aprobación de la nueva Ley de Seguridad Nacional y —en lo relativo a España— el inicio de un paulatino repliegue de las posiciones abiertamente hostiles al régimen franquista. Las consecuencias de la citada reunión de marzo son ante todo un canto de cisne. Tuvieron lugar con Marshall instalado ya en el Departamento de Estado y cambios profundos en marcha en su organigrama y políticas. Pero en el tiempo corto, parecía que los estadounidenses se lanzaban decididamente a un cambio de régimen. Así se leyó en Londres la situación. Como relata Florentino Portero, el 7 de abril el Departamento de Estado remitió al Foreign Office una nueva propuesta de acción en España, que pasaba por hacer saber a Franco que británicos y estadounidenses consideraban necesaria su rápida salida del poder (se llegó a proponer a Winston Churchill para esa importante tarea). Se contactaría al ejército y a la oposición para favorecer la formación de un régimen interino que convocaría elecciones, y que recibiría el apoyo político y económico de los anglosajones. Se embargarían los suministros de petróleo a España como medida de presión adicional<sup>78</sup>. En las semanas siguientes el Departamento

<sup>78</sup> Véase Franco Aislado... op. cit., p. 237 y ss. También *El Cerco Aliado...* op. cit., pp. 177-178.

de Estado presionaría de manera intensa y recurrente al Reino Unido para que se sumase al lanzamiento de este artefacto diplomático, que se encontró con una oposición frontal por parte de los británicos<sup>79</sup>. Es quizás por ello, ante la aprensión que una iniciativa de este estilo pudo provocar en el Foreign Office, que se apostara por la vía intermedia de favorecer el entendimiento entre José María Gil Robres e Indalecio Prieto que comentaremos a continuación.

En efecto, el hito más reseñable de esa dubitativa estrategia británica (que a nuestros ojos buscaba contener al Departamento de Estado) fue la búsqueda de un entendimiento entre Indalecio Prieto —como equívoco líder republicano— y los monárquicos de José María Gil Robles; con Don Juan de Borbón como una parte activa en el acuerdo. Nuestra tesis es que este canto de cisne de la autonomía británica con respecto a España en política exterior fue fundamentalmente reactivo, y buscaba encontrar una respuesta viable y moderada frente al planteamiento del Departamento de Estado del mes de abril. Por otro lado, con ello, el gobierno laborista daba salida a su natural hostilidad al régimen de Franco.

Como indica, de nuevo, Xavier Hualde, entre el 15 y el 18 de octubre de 1947 tuvieron lugar cuatro encuentros entre José María Gil Robles e Indalecio Prieto en Londres. Una iniciativa promovida por el Foreign Office que buscaba abrir la puerta a una salida ordenada de Franco del poder. El General Aranda, el conspirador más conspicuo dentro del régimen, ejerció entre bambalinas como supuesto representante de los intereses de Don Juan en España.

Los contactos fructificaron en un memorándum conjunto entregado en mano por el propio Gil Robles en el Foreign Office<sup>80</sup>. Las conclusiones no habían sido sino la constatación de una vacua buena voluntad por ambas partes, en las que, según promovía Gil Robles, la mejor opción para derribar a Franco era una petición conjunta de las potencias signatarias de la declaración tripartita de marzo de 1946, con el apoyo crucial del Vaticano y —en todo caso— el de los estados iberoamericanos<sup>81</sup>. Todo ello sin haberse alcanzado un acuerdo sobre la forma del régimen y los pasos a dar para constituirlo una vez caído el Caudillo. Al menos desde la perspectiva de Aranda, un punto de fricción fundamental hacía imposible la auténtica conformación de un frente que uniese a monárquicos y socialistas. En un memorándum remitido a Londres semanas antes del inicio de los contactos, relativo a una reunión con Aranda, ya se apuntaban las prudencias

---

<sup>79</sup> Ibid.

<sup>80</sup> Foreign Office to Lord Inverchapel (Archibald Clark Kerr, embajador británico en Estados Unidos). 12-11-1947. NAUK CAB21-4859.

<sup>81</sup> Memorandum de Gil Robles a Bevin. 18-10-1947. NAUK. FO 371-7337.



temblorosas del general, que se hacía portavoz dudoso de los sentimientos del estamento militar, y también de la sensibilidad política del pretendiente, al apuntar que nunca desde esos sectores se vería con buenos ojos la sustitución de Franco por un gobierno provisional que en plazo breve celebrase un plebiscito sobre la forma de gobierno de España. El riesgo, afirmaba Aranda, era ver a fecha fija en manos de nuevo de una coalición radical de izquierdas<sup>82</sup>. Una ceremonia de confusión.

El 22 de noviembre de 1947, un decepcionado Bevin informaba al encargado de Negocios en Madrid del resultado inconcluyente de las conversaciones, que definía como confuso y que impedía al Reino Unido asociarse firmemente a una apuesta decidida a favor de la oposición. Era necesario esperar, afirmaba, a un plan completo y viable de esta, tanto sobre los medios necesarios para derribar a Franco como en lo relativo al proceso constitutivo de un nuevo régimen<sup>83</sup>. Cabe añadir que pocos días después, Bevin se reunió con el propio Don Juan de Borbón en el Palacio de Buckingham. Pese a las peticiones de discreción al pretendiente sobre la reunión y su naturaleza, el 2 de diciembre, el secretario Privado de Jorge VI, Allan Lascelles (una interesante figura que se ha hecho hoy famosa como protagonista de las primeras temporadas de la serie *The Crown*), se hacía eco en una nota al Foreign Office de las abiertas indiscreciones de Don Juan respecto al contenido de la reunión. Lascelles informaba que había transmitido al pretendiente de manera rotunda que debía «morderse la lengua»<sup>84</sup>. La indiscreción tuvo, por lo menos, a buen seguro como protagonista al embajador peruano en Londres. Al parecer, Don Juan, además de reconocer la celebración de la reunión, afirmó haber quedado gratamente impresionado por Bevin, quien le informó de los contactos entre Prieto y Gil Robles. Sin embargo, afirmaba el Conde de Barcelona, su impresión era que los ingleses minusvaloraban la inteligencia de Franco<sup>85</sup>. En eso no le faltaba la razón a Don Juan, pero la conclusión británica no parecía demasiado optimista con respecto a la fiabilidad del pretendiente.

El Foreign Office fracasaba a la hora de encontrar un punto intermedio entre la inacción y el maximalismo del Departamento de Estado. Pero es que, para entonces las reformas promovidas por George Marshall y su equipo en Washington, además de un nuevo enfoque en las relaciones con España, que planteaban como necesario el entendimiento con Franco y su régimen, se encontraban ya desplegadas con claridad. En efecto, en octubre

<sup>82</sup> Memorandum de la Embajada Británica de la Conversación de Bd. Malley con el Gen Aranda. 9-9-1946. NAUK. FO371-7337.

<sup>83</sup> Bevin a Howard (Madrid). 22-9-1947. NAUK. FO 371-7337.

<sup>84</sup> Lascelles a Dixon. 2-12-1947. NAUK. FO 371-7337.

<sup>85</sup> Cristhwaite to Douglas. 1-12.1947. NAUK FO 371-7337.

de 1947 una nueva agencia (el *Policy Planning Staff*) dentro de un Departamento de Estado reformado y vivificado de manera radical por Marshall, presentó el borrador de una nueva política con respecto a España, que recibiría el apoyo del secretario de Estado, convirtiéndose con el visto bueno del presidente Truman «a regañadientes» en doctrina de la política exterior de los Estados Unidos<sup>86</sup>.

Un año más tarde, el 14 de noviembre de 1949 Ernst Bevin mandaba las primeras —y muy paternales— instrucciones al nuevo encargado de negocios en España, Robert Hankey. En ellas, un Bevin muy sincero reconocía que la decisión de la Asamblea General de retirar sus embajadores de España había sido contraproducente, tal y como —afirmaba— él había previsto desde un principio. La posición de Franco se había fortalecido con ello, y era difícil —precisaba Bevin— revocar esa resolución sin dar la imagen de otorgar un aval al Caudillo. En definitiva, tres años de aislamiento internacional apenas habían producido cambios o mejoras significativas en la situación de España con respecto a las potencias aliadas. En uno de los párrafos más reveladores, el secretario del Foreign Office animaba a explorar cualquier forma en la que fuese posible promover un cambio de régimen de manera pacífica:

General Franco's regime is oppressive, reactionary and totalitarian. If there were means of bringing about peacefully its replacement by a more acceptable regime His Majesty's Government would be glad to grasp, then; and you should report to me any evidence you may see of such a possibility. At present the prospects of a change appear particularly remote, and the best we can reasonably look for is some gradual improvement in the character of the existing regime (...)<sup>87</sup>.

Nada salió —de nuevo— de todo ello. El estático panorama que describía Bevin no era sin embargo exacto. Los Estados Unidos estaban presionando desde 1948 al Reino Unido para que aceptase una revocación —aun parcial— de la resolución de 1946, y permitir la vuelta de los embajadores a Madrid<sup>88</sup>. En efecto, en el Annual Review correspondiente a 1948, elaborado por el antecesor de Hankey en Madrid, Douglas F. Howard, este se había hecho eco con rotundidad de no sólo de esa realidad, sino de la mejoría de las relaciones entre España y Francia, que contrastaba con el deterioro de las hispano-británicas:

---

<sup>86</sup> Véase *El Cerco Aliado...* op. cit., pp. 196-204.

<sup>87</sup> Bevin a Hankney. 14-11-1949. NAUK. FO 361-79698.

<sup>88</sup> Véase por ejemplo Hoyer-Millar a I. Mallet. 13-7-1949. NAUK. FO 361-79697.

(...) The end of the year let him [Franco] hoping, not without some excuse, that the discovery of Spain by the American Chiefs of Staff (Like Columbus in reverse) would produce dollars just in time to save the Spanish economy (...) in other words, that the fabulous luck of the Caudillo would play its bet turn yet. (...)

3. As far as her relations with the Western democracies were concerned the most important factor from Spain's point of view was the growing desire in the United States to bring her into the defence system of Western Europe. (...)

From France, too, came many signs if not of a swing in favour of Spain, at least of a realisation in official quarters that a policy of active hostility towards this country was not in the best interest of France herself. The Pyrenean frontier was officially reopened in February, while a commercial and payments agreement was signed on the 8<sup>th</sup> of May (...).

5. Their success in so doing was the more conspicuous by contrast with the tenor of Anglo —Spanish relations, with continued to deteriorate through the year. (...) <sup>89</sup>.

Los Estados Unidos habían cambiado, en definitiva, el guión, y el Reino Unido se encontraba —nunca mejor dicho— con el pie cambiado con respecto a España.

\*\*\*

En agosto de 1949, un memorándum del Foreign Office consideraba la política practicada en España desde 1946 como un fracaso, con efectos perversos no sólo políticos sino también económicos en el Reino Unido. El informe planteaba un último intento posible para conseguir la salida de Franco del poder. No resulta fácil comprender el encaje de esta propuesta en el nuevo escenario internacional crecientemente favorable a un entendimiento con el Caudillo. ¿Un destello del acervo ideológico del laborismo? ¿Otro canto de cisne, esta vez de la *autonomía estratégica* del Foreign Office? En este caso, se planteaba recurrir al general que entre bambalinas llevaba desde la Guerra Mundial siendo el conspirador oficial contra Franco dentro del Régimen: el ya citado General Antonio Aranda. El Memorándum proponía hacer saber al general que las potencias aliadas estarían dispuestas a aceptar un régimen de transición post—Franco, liderado por propio Aranda y por otros generales conservadores. Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos embridarían a las fuerzas republicanas y monárquicas de la oposición al régimen fuera de España, para evitar un baño de sangre<sup>90</sup>. En definitiva, el Memorándum planteaba —en nuestra opinión a la desesperada— aceptar una solución militar para España, lejos de los parámetros

<sup>89</sup> Howard a Bevin. 14-2-1949. NAUK. DEFE 11-379.

<sup>90</sup> Policy towards Spain. 13-8-1949. NAUK. FO 361-79697.

de evolución del régimen considerados como únicos aceptables en 1946 y 1947, bajo el compromiso de contener la frustración y hostilidad de las fuerzas monárquicas y republicanas a ese nuevo orden de carácter militar. Era sin duda una propuesta arriesgada... Y de nuevo una llamada al fracaso. Pocos días más tarde, Aranda pasaba a la reserva. Se lo comunicaba personalmente el antiguo comandante en jefe de la División Azul: Agustín Muñoz Grandes. Estaba claro que medrosos militares opuestos —tibiamente— a Franco, no iban a solucionar la cuestión de su salida del Palacio del Pardo. Aranda, Kindelán o Varela eran procastinadores profesionales, y que la opción desesperada de algunos funcionarios del Foreign Office a la altura de 1949 fuese darles un cheque en blanco, demostraba la dimensión de su falta de perspectiva<sup>91</sup>.

## 6. ¿DERRIBAR A FRANCO?

¿Derribar a Franco? Quizás nunca esa opción estuvo sobre la mesa en Londres o Washington con suficiente vigor como para ser una opción efectivamente viable. Pero cabe preguntarse hasta qué punto el Reino Unido se embarcó en una determinada política con respecto a España por convicción —fruto del acervo ideológico del gobierno laborista— o forzado por una dinámica nueva en las relaciones internacionales en la que sus intereses eran no sólo subsidiarios de los de los Estados Unidos sino también fundamentados en un debilitamiento del poder político británico en todos los órdenes. Nuestra tesis es que —más allá de la hostilidad del laborismo al Régimen de Franco— la diplomacia británica se embarcó en 1947 en una estrategia que no era enteramente suya, y que debió abandonar precipitadamente al son del cambio de prioridades geoestratégicas de los Estados Unidos en el continente. Y es que la documentación británica de aquellos años denota una clara ausencia de fe en su propia política con respecto a España.

Es paradójico. A nuestros ojos, el Reino Unido se vio abocado a adoptar una política de mayor dureza de la que hubiese deseado con el régimen de Franco —sacrificando al menos en parte intereses económicos y geoestratégicos particulares en aras a satisfacer a los Estados Unidos— y antes de que esa política, si no impuesta, sí en cierto sentido forzada por las circunstancias, hubiese podido arrojar algún fruto, se vio obligado a abandonarla, y por los mismos motivos: las necesidades de los Estados Unidos. A lo largo de 1948, en efecto, cobrará importancia el factor militar de las relaciones con España, y comienza una marea a favor del inquilino del

---

<sup>91</sup> Véase G. Cardona, *Franco y sus Generales. La Manicura del Tigre*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

Palacio del Pardo, que culmina en 1951, con la normalización de relaciones diplomáticas.

\*\*\*

El 9 de enero de 1951 *The Times* londinense publicaba la noticia del nombramiento de Sir John Balfour como Embajador Plenario y Plenipotenciario en Madrid. Terminaba así un periodo de cinco años de interinidad en las relaciones hispano—británicas. La noticia de *The Times* recogía algo del camino que había llevado hasta esa decisión: el fracaso del primer intento de normalizar la situación de España en la Asamblea General, infructuoso por la oposición británica, francesa y estadounidense y —finalmente— la anulación de la Resolución contra España de 1946, el 25 de noviembre, en el curso de las reuniones de la Asamblea de 1950. La votación había sido favorable a España, con un reparto de votos de 38 a favor, 10 en contra y 12 abstenciones. Entre ellas, la británica *but that was, it is thought, for tactical reasons within the Labour Party*<sup>92</sup>.

En efecto, el gobierno de Attlee había recibido presiones de las bases de su partido, hasta el último minuto, para evitar las normalizaciones con la España de Franco. El 14 de febrero de ese año Miguel Primo de Rivera, hermano de José Antonio, recibía el plácet como embajador en Londres. El 18 de mayo, un memorándum del Primer Lord del Almirantazgo, planteaba que la Royal Navy pudiese volver a hacer visitas de cortesía a puertos españoles...<sup>93</sup> Clement Attlee no estaba satisfecho con el cambio de postura con respecto a España —que creaba una posición difícil para con los votantes laboristas en un año electoral— y pidió a la embajada en Washington que manifestase su pesar una alteración de rumbo tan radical. Pero también era consciente, eso creemos, de que poco se podía esperar de una caída o derrocamiento de Franco en ese momento. Como lacónicamente comentó sobre esta cuestión: *«I think that we have done all we can»*<sup>94</sup>.

Ernst Bevin, enfermo y agotado —tan amigo de los excesos como su alter ego conservador, Winston Churchill— abandonó el cargo de secretario del Foreign Office en marzo de 1951. Permaneció en el gobierno como ministro sin cartera. Fallecería en abril.

El 25 de octubre de 1951 se celebraron elecciones generales en el Reino Unido. Churchill —que desde el final de la Guerra Mundial se había mostrado escéptico ante cualquier intento activo de derribar o promover la caída de Franco— volvía a Downing Street, con lo que se despejaba aún más el

<sup>92</sup> The Times, 9-1-1951.

<sup>93</sup> Memorandum by the First Lord of the Admiralty. 18-5-1951. NAUK CAB 4859.

<sup>94</sup> Nota de Downing Street al Foreign Office. 13-7-1951. NAUK. FO 371-89571.

panorama de las relaciones hispano—británicas. Antes de las elecciones, un extenso Memorandum del Foreign Office al gabinete británico (es decir, al gobierno en pleno) presentaba ya de manera clara la necesidad estratégica de avanzar hacia una mayor cercanía con España —por motivos políticos, militares y económicos— de manos de los Estados Unidos. Se renunciaba, por lo tanto —ya de manera plena— a la política seguida por el Reino Unido desde la victoria laborista de 1945. El informe concluía:

1. It is strategically desirable that Spain should be more closely associated with the west.
2. It is strategically desirable that we should be associated with any bilateral United States-Spanish agreement.
3. It is economically and politically undesirable that Spain should become an exclusive client of the United States.
4. It is economically and politically desirable that we should be free to offer credits and that the ban on supplies of arms equipment should be reviewed.
5. It is politically undesirable that British and American policies should openly diverge, or that the Americans should pursue a policy without due regard to us.
6. It is politically and strategically undesirable that Western morale should be made to suffer a strain which would cancel any strategic advantages.
7. It is politically desirable that some degree of liberalisation should be achieved in Spain<sup>95</sup>.

Y es que como ya hemos comentado las consideraciones militares eran cruciales, y los Estados Unidos pensaban en España en términos puramente geopolíticos, con las implicaciones de una Guerra Fría, que en Corea se convertía en tórrida, y que amenazaba con incendiar Europa y el Mediterráneo. Las prioridades eran ya exclusivamente militares, la preeminencia estadounidense, y la hora, una de necesidad. A Franco, en efecto, le salvó la política de Armagedón.

\*\*\*

Como comentábamos al comienzo de este capítulo, en 1949 el posible protagonismo de España en un posible enfrentamiento nuclear entre las potencias occidentales y la Unión Soviética se había hecho presente en un informe del Ministerio de Defensa Británico. En él se planteaba con fría minuciosidad el escenario de una guerra nuclear en Europa en el año 1951. En el día D+90 las fuerzas soviéticas habrían arrollado todo el continente

---

<sup>95</sup> Cabinet. Memorandum by the Secretary of State for Foreign Affairs. 29-6-1951 NAUK PREM 8/1531.

europeo, hasta los Pirineos. El uso de armas atómicas habría sido autorizado. En un planeta arrasado, se contaba con poder lanzar una contraofensiva desde la península en el día D+24 meses. Para conseguir defender la línea de los Pirineos era necesario contar con una España aliada de las potencias occidentales en el momento de iniciarse el conflicto. Aún así, dicha defensa se contemplaba con una tarea ardua, por lo que el informe incorporaba la posibilidad de realizar el contraataque en un escenario en el que solo el sur de España siguiese en manos aliadas<sup>96</sup>. Un informe similar, del 24 de abril de 1951 extendía ya la necesidad estratégica con respecto a España a su inclusión en la OTAN a medio plazo<sup>97</sup>.

Gran Bretaña había comenzado un deambular en el que dejaba de ser la potencia hegemónica global, para ser una superpotencia subsidiaria de los Estados Unidos. Su labor diplomática en España a partir de 1939 había pasado de la efectividad en la hora suprema de necesidad en 1940 y la maestría en la bisectriz de la guerra en el que la suerte de la contienda tuvo a España como punto crítico en el momento del lanzamiento de la operación Torch, a un inevitable sentimiento de frustración y resignación en el tiempo de post-guerra, en el que el testigo del diseño de la política había pasado ya, irremisiblemente, al otro lado del Atlántico. Las esperanzas de Clement Atlee o Ernst Bevin de modular la política exterior estadounidense, de mantener una autonomía estratégica con voluntad de cierta hegemonía (entre bambalinas) se disolvía a la misma velocidad que lo hacía el Imperio Británico.

La firma de los Pactos de Madrid en 1953 supuso en cierto sentido la certificación definitiva del ocaso de la edad de oro de la diplomacia británica en España. El Régimen, con su apuesta decidida a centrar su política exterior no ya en ganarse a Londres como antaño, sino a los nuevos amos de Washington, jugó sus cartas en esa ciudad con ambición —como se aborda en otros capítulos de este libro— y optó por constituir un auténtico *lobby* a orillas del Potomac que le permitiese afianzar una posición de cierta influencia política. Gran Bretaña, que había sido el principal objeto de los desvelos de Franco durante años, pasaba a ser, de manera elocuente y ya radical, secundaria para los rectores de la política exterior española, en el Palacio del Pardo, y en el de Santa Cruz. Es revelador que tan pronto como las relaciones diplomáticas de las potencias occidentales con España se normalizaron, España comenzó a jugar con la idea de emplear a la ONU como plataforma para buscar la recuperación de Gibraltar. Nada comparable era posible con los Estados Unidos. Los nuevos y poderosos amos. Pero esa es otra historia...

<sup>96</sup> Short Term Strategy. A Campaign in Spain. 7-9-1949. NAUK. DEFE-379.

<sup>97</sup> Relationship of Spain to the Defence of Western Europe. 24-4-1951. NAUK. DEFE-379. Los contenidos de esta carpeta, centrada en aspectos esenciales, son fundamentales para comprender el grado de presión estadounidense sobre el Reino Unido, hasta 1951.

